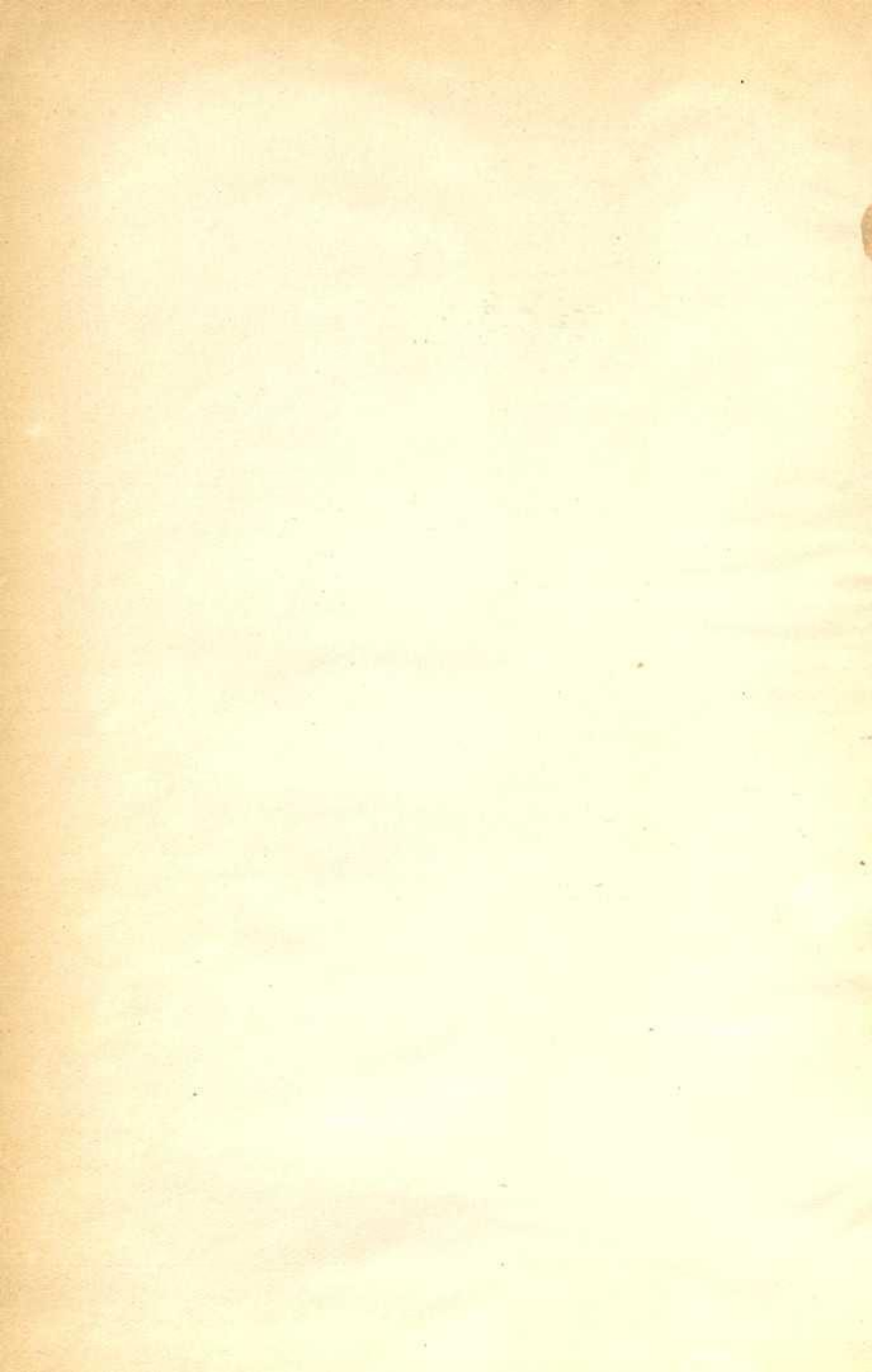


860-1
REY
oto

~~86-146-1~~

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**



OTOÑALES

a Varrio Lien de
Hera. El amigo que mas
le quiere y el mas leal
de sus administradores,
Antonio Rey

ES PROPIEDAD

ARTURO REYES

OTOÑALES

POESÍAS



R 16.923

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA 11
Teléfono número 551

1904



DONATIVO. 10-1-1960

OTOÑALES



OTOÑAL

Ya mi primera juventud ha muerto;
ya, de nubes cubierto,
no dora el sol el cándido celaje;
ya surgió triste la flotante bruma
y extendiéndose esfuma
los más vívidos tonos del paisaje.

Ya, plegando su túnica luciente,
la estación más ardiente •
vuela como visión esplendorosa,
y allá van sus perfumes y destellos,
y allá, juntos con ellos,
van mis delirios de color de rosa.

Aquellos mis delirios juveniles,
risueños y febriles,
que ya la mente recobrar no alcanza;
mar de radiante azul, donde en tropeles

se agrupan los bajeles
de luz y de cristal de la esperanza.

Oasis donde todo nos seduce
y jamás nos conduce
á su antro el dolor; en que no humilla
jamás á la esperanza el desencanto;
en que jamás el llanto
nos quema el corazón ni la mejilla.

Edad en que en las alas del deseo
volamos al torneo,
ansiosos de victorias y laureles;
edad en que no hay dardo que nos hiera
ni estocada certera
que no logren burlar nuestros broqueles.

Hermosa perspectiva que el sol baña,
en que es la montaña
túnica regia, de esplendor alarde,
y la pradera perfumada alfombra
donde nunca su sombra
ni sus tristezas derramó la tarde.

Mas ya sobre la rama se acumula
la escarcha y no modula
sus cánticos el ave; ya ha partido

á las costas del Africa vecina
la negra golondrina,
la que en mi techo fabricó su nido.

Ya el himno que al deleite alzó el verano
languidece; ya en vano
casi me exige la pasión tributos.
¡Cuando los vientos del invierno azotan
al árbol, ya no brotan
flores en él, ni sazonados frutos!

Ya de hojas secas se alfombró el sendero;
ya al cansado viajero
sólo el véspero alumbra; solamente
él alumbra sus tristes soledades,
y ya sus claridades
tornan en lago cuanto fué torrente.

Ya descendí de la risueña altura,
y en vano ver procura
el alma, del pasado los verdores;
ya se amortigua sin cesar la llama,
¡oh yerto panorama,
cielo sin astros y vergel sin flores!

Y pronto, pronto, por mi mal, la helada
vejez en su ensinada

hará que ancle la nave ¡Ay cuán en breve,
alma en derrota y corazón vencido,
cual pájaro aterido
mi último canto lanzaré en la nieve!

¡SED TENGO!

Abrumado de tristeza,
llamé al Placer, la cabeza
sobre tu seno turgente,
y al punto lo ví á mi lado,
llena de néctar dorado
la copa resplandeciente.

¿Y por qué—con voz sentida
le pregunté—de mi vida
no endulzas la amarga vena?
¿Por qué me dejas á solas
naufragar entre las olas
del tedio que me envenena?

¿Por qué en vano te persigo
y en vano amoroso abrigo
en mis ansias te reclamo?

¿Por qué acariciarme eludes
y á consolarme no acudes
si entristecido te llamo?

Te quejas injustamente
—me repuso dulcemente
el Placer—yo siempre estoy
de tí cerca, y siempre vengo
á ofrecerte cuanto tengo,
cuanto valgo y cuanto soy.

Yo, cuando tu sér me invoca,
lleno, aproximo á tu boca
mi vaso más diamantino;
pero apenas lo has gustado,
te separas de mi lado
y prosigues tu camino.

La culpa es tuya y no mía;
sí la existencia te hastía,
yo tus quejas no merezco;
te convencerás en breve,
y si no, acércate y bebe
los néctares que te ofrezco.

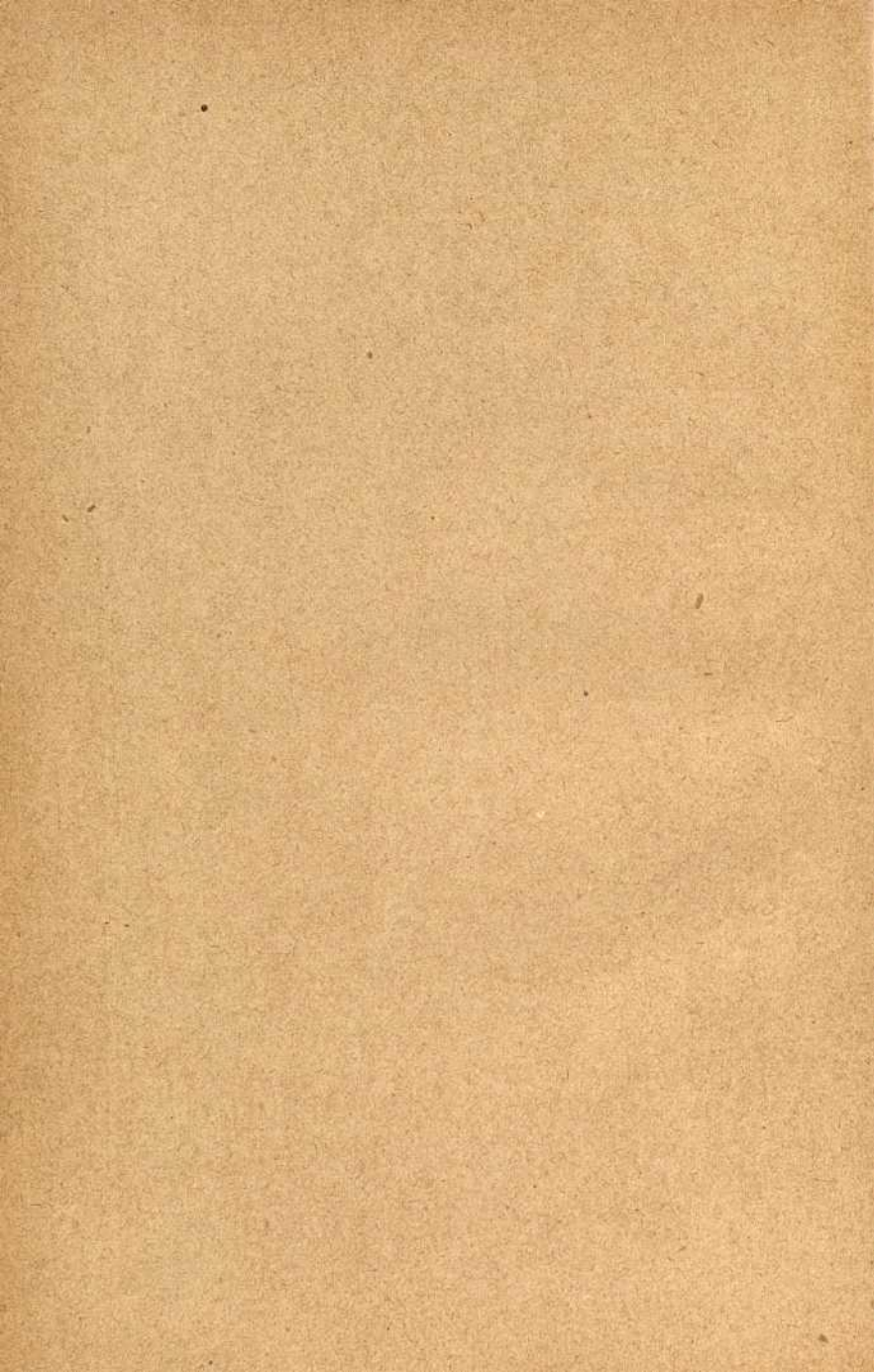
Y me brindó el contenido
de la copa en que he bebido

engañado tantas veces,
y bebí, y tras un momento
sentí lo que siempre siento,
¡el amargor de sus heces!

¡Lo ves! — me dijo — es en vano
que á tí acuda: es tu tirano
tu condición triste y loca;
alzas demasiado el vuelo
de tu aspiración: el cielo
se admira, mas no se toca.

Así, pues, más no me llames;
es inútil que reclames
luz que disipe la bruma
y que aleje redentora,
el tedio que te devora
y el cansancio que te abruma.

Y con la copa en la mano
el Placer, en el lejano
confín, se hundió raudamente;
y yo lleno de tristeza,
volví á inclinar la cabeza
sobre tu seno turgente.



¡AVE, CESAR!

Vedle tañir la cítara esplendente;
de mirto y de laurel ciñe á su frente
espléndida corona;
pídele al cielo inspiración y ayuda,
al pueblo rey saluda
con rostro humilde y su canción entona.

La nueva Babilonia, la altanera,
la que en el mundo impera,
la que trueca en escombros
cuanto su amparo ó su piedad no implora;
la que luce sangrienta y triunfadora
la púrpura imperial sobre los hombros;
el soberbio patricio que en augusta
cuna arrullara el Tíber; el guerrero
que al sármata y al partho y al ibero
con su valor asusta;

la infiel sacerdotisa
que del César, en brazos, la divisa
de Vesta mancillara; el campesino
de tez de bronce; el formidable atleta;
el taumaturgo, que por don divino
es payaso mitad, mitad profeta;
la alegre multitud del Aventino;
del Trastiber la hez; la de liviano
mirar impuro, meretriz que ofende
á la vez que embriaga, la que vende
sus caricias al púber y al anciano...
todos brindan al déspota homenaje
y hasta el genio le rinde vasallaje
en Séneca y Lucano.

¡Y guay del que pretenda
hacer de noble independencia galal
¡del que el canto sublime no comprenda,
del que á los dioses en poder igualal
¡del que ose sincero
de su voz no admirar las inflexiones,
ó prefiera á sus cantos las canciones
de Píndaro y Homero!

Contempladle bañado en viva lumbre
sobre el estrado, pedestal y cumbre
y abismo donde todo resplandece

y embriaga y aroma,
que la dueña del mundo es Roma, y Roma
á su dueño se ofrece.

Contempladle; la cítara de oro
tañe con hábil mano y su insonoro
canto preludia ante su pueblo, atento
á su voz, y ora el dulce arrobamiento
del éxtasis simula,
ora ronco y febril salta y jadea,
y la enorme cabeza balancea
y en simías actitudes gesticula.

Y el entusiasmo estalla;
y el cónsul, y el quirite, y la canalla
rompen en delirante clamoreo:
— ¡Ave, Cesar, cantor, sistro de oro,
dios de los dioses, ruiseñor sonoro,
nunca nos falte tu inmortal gorgéo!

Y en el muelle cogín, en irrisoria
estudiada actitud en que mañana
lo mostrara la historia,
se reclina soñando que es la gloria
la torpe adulación su barragana,
y reclinado en el cogín pasea
los entornados ojos,

donde la insensatez relampaguea,
sobre la muchedumbre que vocea
á sus plantas de hinojos,
y al mirarla, su sed de sangre aviva
de Lucano la altiva
faz, á un tiempo sarcástica y burlona;
¡ya le irrita mirar siempre delante
una frente cien veces más radiante
que la en que ostenta la imperial corona!

¡Frente inspirada que á la suya afrenta!...

.....
Un día Pisón intenta
desatar el dogal que no desata;
el vergonzoso freno
que al pueblo-rey á su verdugo ata;
y á la vez que Pisón, Lucano acata
del déspota la orden, y sereno
atraviesa del baño los umbrales,
y en el agua, aromada con verbenas,
corrige con la sangre de sus venas
sus versos inmortales!

ÍNTIMA

Cuánto, cuánto te quiero, mi compañera,
onda de amor que inundas el alma entera;
ídolo de la vida, cuán buena eres,
ribera de las olas de mi ternura,
la más buena de todas y la más pura
de las mujeres.

Si á solas por el mundo me viese un día
sin tu dulce compañía, sucumbiría,
blanda brisa del cielo que el alma aquieta,
blanca flor que mis lares, plácida, aroma,
melancólico oriente de donde toma
luz el poeta.

Yo á Dios pido tan sólo, sólo le pido
que antes que tú, yo muera; ¡cómo el herido
vagabundo pudiera vivir sin verte!

Fueran sin tí mis horas, mares sin playas;
antes, mi compañera, que tú te vayas,
¡venga la muerte!

Venga, que yo la tierra cruzar no quiero,
de tu orilla distante, rico venero
donde el amor que endulza mi llanto mana;
antes que tú te seques, verde palmera,
es mejor que á tu sombra se poltre y muera
la caravana.

Sin tí los hijos míos ¡qué fuera de ellos!
Sin tus santas caricias, sin los destellos
que en amantes miradas tú les envías,
¡qué lejos del regazo donde han nacido!
¡Ay, mujer, cuán desierto mi pobre nido
me dejarías!

Dios, si es cierto que al hombre marcas la ruta
y tu excelsa mirada todo lo escruta,
y eres justo, no ordenes, sin que yo muera,
que ella nos abandone; ya que me abates
con tantos infortunios, ¡no me arrebatas
mi compañera!

EVOCAACION

Dame al punto, mi escudero,
la más resistente cota,
la de más templado acero,
mi casco con su plumero
más brillante en la garzota.

La malla que hendir en vano
quiso el moro en tanta empresa
como en recordar me ufano,
mi mandoble toledano
y mi lanza milanese.

Mi negro corcel, que muere
de tedio tras la muralla,
el que la guerra prefiere,
el que, cual yo, morir quiere
en los campos de batalla.

Vibre ya el clarín sonoro,
brillen al sol mis banderas,
lancen mis bravos á coro
de nuevo su reto al moro
al romper por sus fronteras.

Llevemos, mis campeones,
en victoriosa jornada
nuestros rápidos bridones
á pastar á otras regiones,
¡á los campos de Granada!

Y tú, mi gentil señora,
la más bella de las bellas
que el suelo hispano atesora,
la que es blanca cual la aurora
y es toda luz cual la estrella.

Venero dulce y sagrado
donde el goce mi alma apura,
pronto volverá á tu lado
con su arnés ensangrentado
el dueño de tu hermosura.

Y del botín, el más bello
collar, el más refulgente,
guardaré para tu cuello;

para empapar tu cabello
ricas esencias de Oriente.

Tapices deslumbradores,
sutiles cual la neblina,
brocados de cien colores,
y tintas en sangre, flores
de la vega granadina.

¡Adiós, pues, mi castellana!
¡Sus, mis valientes guerreros!
que ya vierte la mañana,
entre celajes de grana,
sus resplandores primeros.

¡Que ya piafa impaciente
mi corcel y el pecho agita
bélico ardor!.....
.....Raudamente,
á poco por la vertiente
el tropel se precipita.

Y allá va el tropel sonoro,
y al sol, que su luz desata,
brillan, cual regio tesoro,
los inscrustados en oro
arneses de acero y plata.

Brillan los tersos broqueles,
las señoriales banderas,
azote de los infieles,
y las plumas cual joyeles
prendidos en las cimeras.

Y gentil y vaporosa,
pálida y fruncido el ceño,
conmovida y silenciosa,
ve la castellana hermosa
cómo se aleja su dueño.

Cómo su dueño se aleja
ve la hermosa castellana
sin exhalar una queja,
¡y una escultura semeja
en la negra barbacana!

EN EL BORODINO

Lanza la muerte á su alrededor sus dardos
más pérfidos y agudos y certeros;
retroceden por fin las ya vencidas
legiones que jamás retrocedieron.

No es el escita quien al galo vence,
no es el que vence el patriotismo al genio,
que es el Polo que al ver cercana el águila,
en hálito glacial, sale á su encuentro:

Y el águila imperial, las alas mustias,
abate un punto el poderoso vuelo:
cumplida su misión, al rebasarla
Dios la detiene con adusto ceño.

Y allá van en revuelta muchedumbre
los antes invencibles, los que hicieron

temblar á Europa, estremecerse al mundo,
rodar los tronos y saltar los cetros.

Los que, uncidos al carro de su gloria,
llevaron cual bridones los imperios;
los que turbaran de Sesostri un día,
de tantos siglos el profundo sueño.

El aire zumba, el horizonte cierran
de tonos grises impalpables velos;
en los vagos confines gesticulan
cual furias de cristales los abetos.

Las árticas llanuras el soldado
cruza errabundo, fugitivo y yerto,
en tanto el can de las estepas ronda
su torpe paso y se impacienta el cuervo.

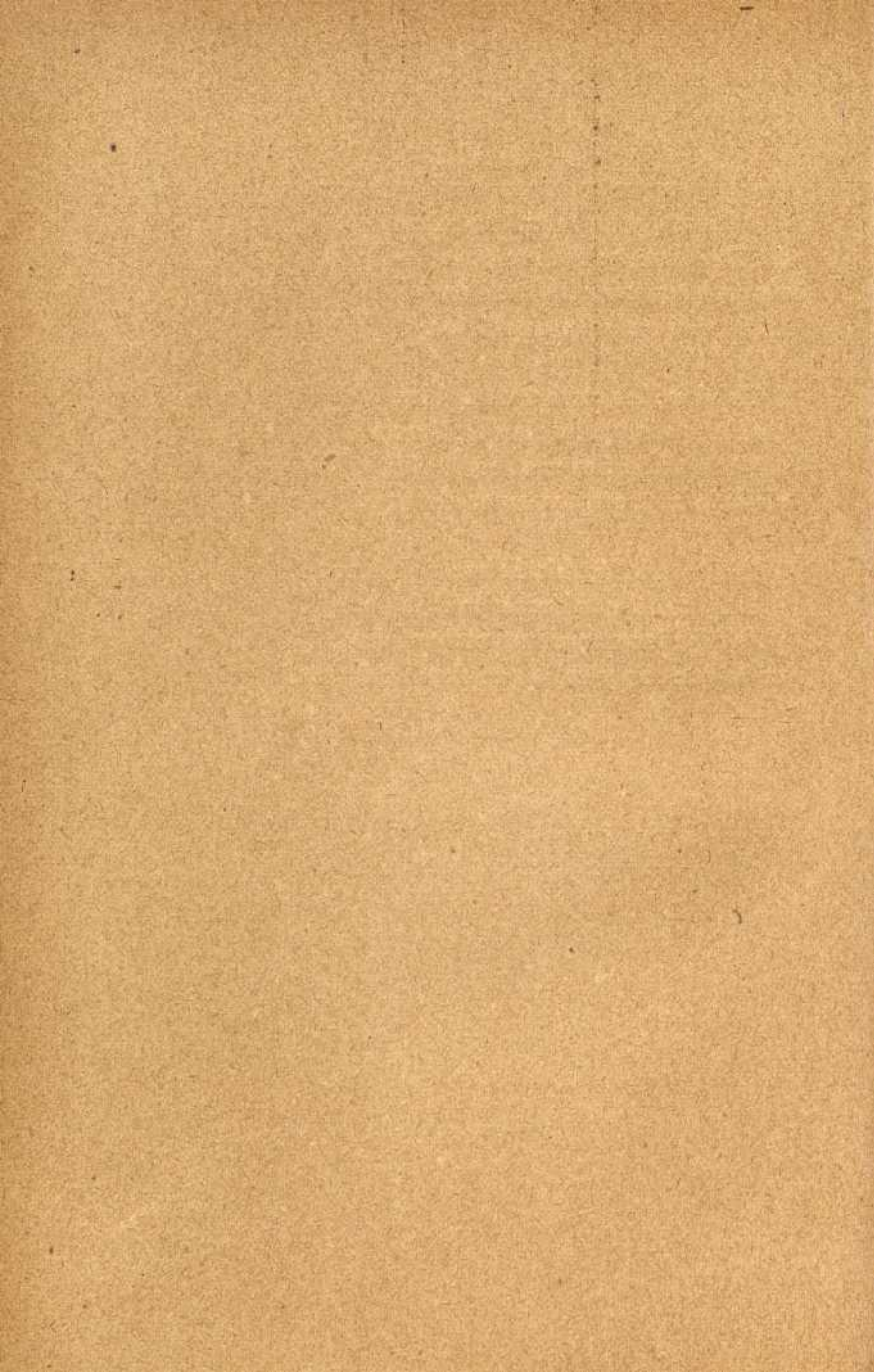
Ginete en su corcel de largas crines
el viril tauridence, desde lejos
hostiga al invasor que holló su patria,
quemó su hogar y profanó sus templos.

Allá van por las árticas llanuras
en larga y triste procesión de espectros,
y allá el Emperador la altiva frente
rendidda ya del infortunio al peso.

Allá van, y en las áridas colinas
del Borodino, su fatal regreso
parecen aguardar los batallones
en filas de nevados esqueletos.

La nieve los cadáveres moldea
cual estatuas yacentes, y el silencio
tan sólo turba con sus negras alas
el tardo buitre al remontar el vuelo.

Allá van la Ambición hecha pedazos;
la Ira y la Altivez tascando el freno.
¡Las grandezas humanas convertidas
en lo que son y en lo que siempre fueron!



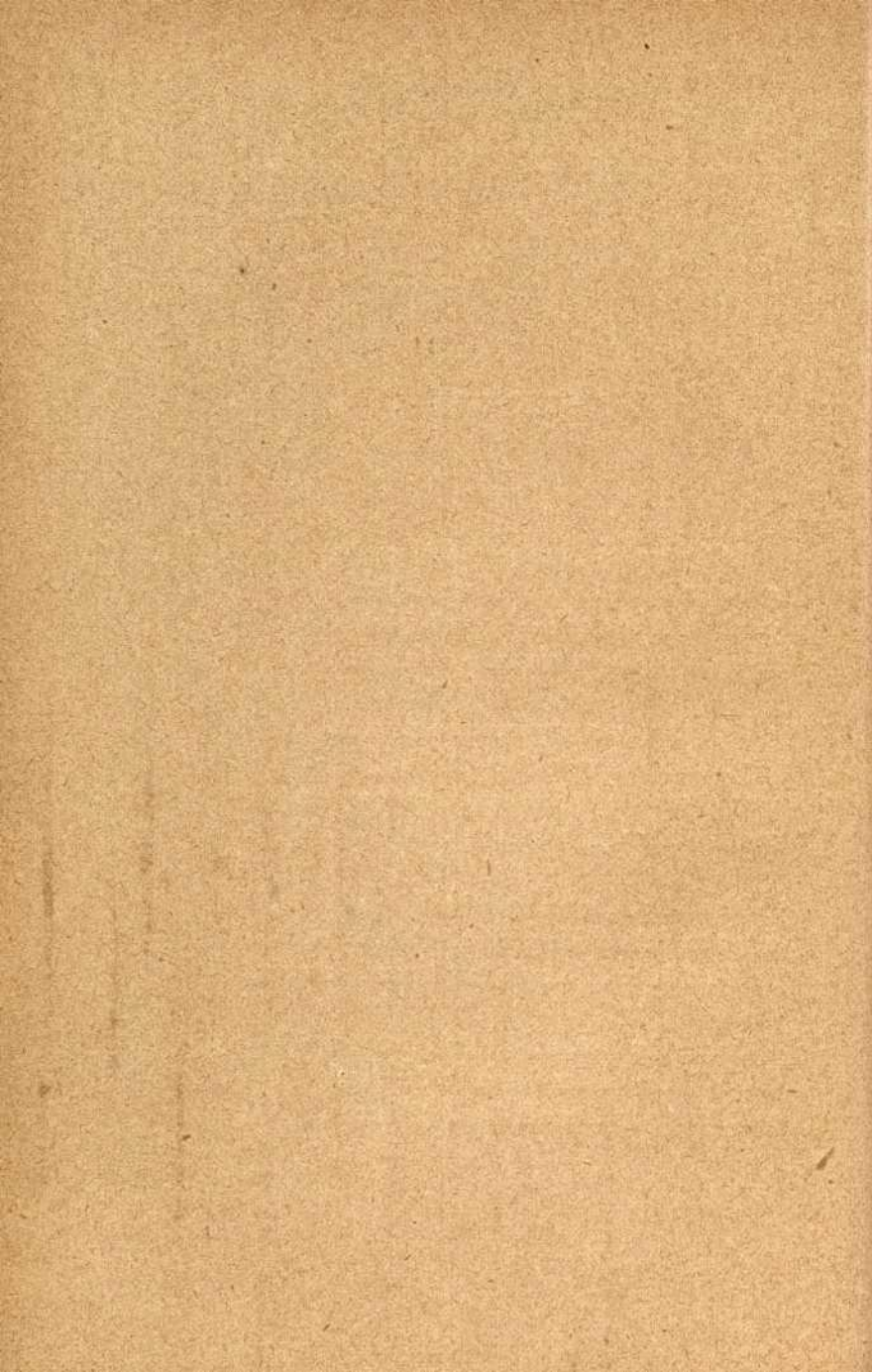
LA ENVIDIA

Sola y errante, la Ignorancia un día
quiso hallar en el mundo compañera,
y hallóla al fin, que la Soberbia era
la amante que en sus ansias presentía.

La fiebre que sus pechos consumía
fecundó sus entrañas, y rastrera
vino al mundo la Envidia, la que impera
en los pechos más viles todavía.

Mas Dios, que en todo justiciero asoma,
que alza al humilde y al soberbio doma,
huella á la envidia cuando á herir se atreve.

Por eso, cuanto más y más lo ataca,
lo que intenta borrar más se destaca:
¡mientras más corrosivo más relieve!



¡ES TARDE!

Llegas tarde, mujer: ya la pereza
de su seno tranquilo y silencioso
me brinda las quietudes; ya reposo
á demandar el corazón empieza.

Todo pasa veloz; ya tu belleza
no me hace delirar; ya impetuoso
el deseo, cual néctar espumoso,
subírseme no suele á la cabeza.

Ya me dejó la tempestad á solas
y al alejarse apaciguó las olas,
templó la luz y amortiguó la llama.

Ya perdió el árbol sus fragantes flores
y el pájaro cantor de los amores
empieza á enmudecer sobre la rama.

ENTRE CADENAS

Ven, muerte, ven, y tu manto
mi ser al ceñir, ahuyente
mi tristísimo quebranto;
ven, muerte, que sufro tanto,
que ya te espero impaciente.

Ven y extingue los fulgores
del ayer en mi memoria,
mis pasados esplendores,
y mis recuerdos de amores
y mis recuerdos de gloria.

Lo quiso Alá, el poderoso
y nunca bien alabado,
y á su mandato imperioso
hoy sufre yugo afrentoso
el Emir encadenado.

El Emir, entre cadenas,
hoy sufre ominoso yugo
de Magreb en las arenas,
donde á solas con sus penas
al cielo arrojarle plugo.

Por la traición fuí vencido,
yo que nunca vasallaje
le rendí, y por ella herido
en su tronco, el roble erguido
dió en tierra con su ramaje.

Hora fatal fué, Sevilla,
la hora aquella en que mi mano
pidió ayuda al que me humilla,
porque nunca la rodilla
doblaras ante el cristiano.

Y se cumplió mi destino,
destino que no perdona
ni un punto tuerce el camino;
no fué Jusuf, fué mi sino
quien me quitó la corona.

Y te perdí, ciudad mfa,
la por todos envidiada,
la que despecho fué un día

de Jaén y de Almería,
de Córdoba y de Granada.

Ciudad donde de mis dones
vertí pródigo el tesoro,
donde entoné mis canciones
en perfumados salones
de mármol y jaspe y oro.

Donde al aire mi estandarte
brindó protección y abrigo
á la justicia y al arte,
de los de Agar talabarte
y terror del enemigo.

Donde en raudal abundoso
de dichas bogueé risueño;
en donde justo y piadoso,
fuí con el grande orgulloso
y humilde con el pequeño.

¡Ay, Sevilla, prenda cara,
sol que ya no me ilumina,
Dios por siempre me separa
ya de mi vergel de Azhara
y mi *pradera argentina!*

Ya en mi triste alejamiento
y á solas con mis pesares,
no oiré, cual dulce lamento,
del almuérdano el acento
en tus blancos alminares.

No gustará los dulzores
del harén el labio mío
en labios embriagadores,
aún más bellos que las flores
que en su cristal copia el río.

No cruzaré tus jardines,
ni á la molicie homenajes
rendiré en tus camarines
sobre dorados cogines
y bajo techos de encajes.

¡Oh triste y menguada suerte,
triste suerte que me humilla;

.....

ven y apiádate ya, oh muerte,
del corazón casi inerte
de Almotamid de Sevilla!

NOCHE IMBORRABLE

¡Noche imborrable en la memoria mía!
¡Oh dulcísima noche! Parecía
que la luna, celeste catarata
de luz y azur y plata,
te besaba á la vez que te envolvía,
y al besar con sus pálidos destellos
tu belleza ideal y soñadora
tu sér divinizaba; tus cabellos,
tan blondos, que parece que son ellos
en donde el sol sus resplandores dora;
tus ojos, melancólicos fanales
donde la escala de Jacob fulgura
mostrándole la gloria á los mortales;
tus labios, flor embriagadora y pura
donde aun la abeja del amor no apura
la miel de sus panales,

labios de donde la palabra brota
como de un arpa de cristal, cual nota
de ritmos celestiales.

Tu seno virgen, tu fragante seno,
ánfora de marfil, ánfora aun llena
de virginal fragancia,
donde aun no escanció, donde no escancia
aun pena alguna su mortal veneno;
tu cuerpo escultural, que el arte en vano
tal vez quisiera retratar; tu mano
breve y tan blanca cual de mármol hecha;
de tu talle la estrecha
y prodigiosa esfumación; tu planta,
de pequeñez maravilloso alarde,
y algo extraño y sin nombre que en tí arde
¡y brilla, y ciega, y sugestiona y canta!

¿Te acuerdas? Yo sentía
algo que me invadía
cual mar celeste de celestes olas,
y estar contigo á solas
bajo la inmensidad me parecía;
todo al par en mi mente,
todo menos tu imagen, raudamente,
borrábase fugaz: de los pesares
las sombras que á millares

como nimbo fatal ornán mi frente;
el recuerdo implacable, la honda huella,
que dejan de sí en pos cuando las hiere
el desencanto, la ilusión que muere,
la pasión que se estrella,
la esperanza que yerta se desploma,
la flor que deja de esparcir su aroma
del tallo desprendida...
todo, en fin, cuanto es bello y se deshace;
todo cuanto nos hace
amar el mundo y bendecir la vida.

Y en extraña quietud adormecido,
mi frente recliné sobre tu seno,
y así, de arrullos y ternuras lleno,
tu blando acento resonó en mi oído.

— Descansa en mi regazo, alma sombría,
alma rebelde y pensamiento en guerra
donde no vierte ya su luz el día;
descansa en mi regazo, que la tierra
no te puede brindar lo que no encierra,
lo que tierra, á encerrarlo, no sería.

Y yo, yo que te amo, yo no quiero
que en mí intente el viajero
calmar su sed y por su bien lo ansío;

quiero que siempre tu pasión aguarde:
¡mientras más tarde en sucumbir, más tarde
en tí, mi bien, resurgirá el hastío!

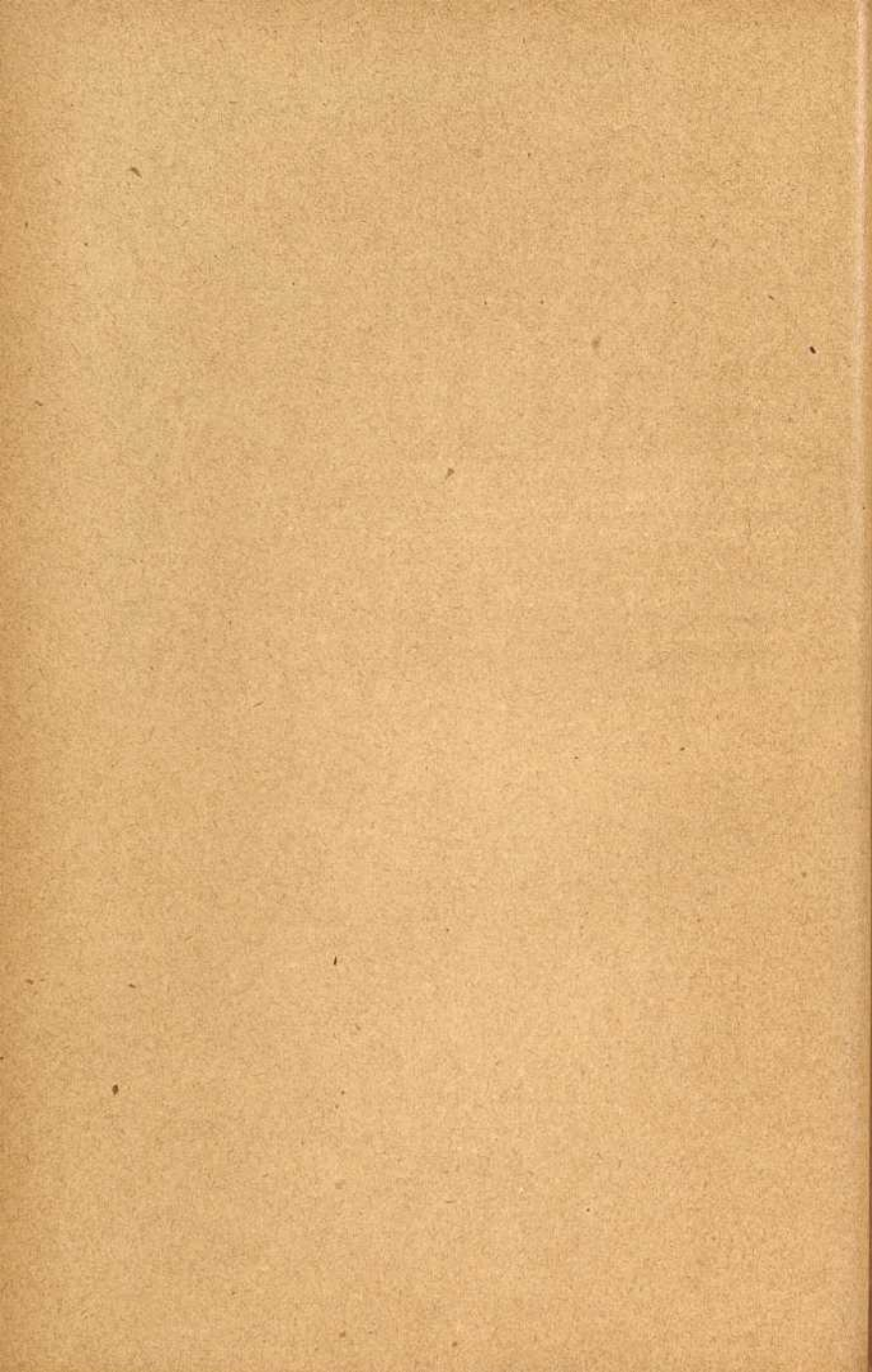
El hastío cruel que en tu alma vierte
su hálito glacial y que pervierte
tu sér, ansioso de inefable encanto,
tu alma rebelde, que le presta abrigo
á un Tántalo fatal que va contigo
y que me causa espanto;
sí, espanto y compasión, y amor y pena
me da verte arrastrar, como cadena
de recios eslabones,
de tus no realizadas ilusiones
la flor ya deshojada,
la antorcha ya apagada,
y la túnica azul ya hecha girones!—

Dijiste, y silenciosa
reclinaste en mis hombros tu cabeza;
sentí en mis labios tus dorados rizos,
y con el alma ansiosa
de anegar un momento mi tristeza
en el dulce raudal de tus hechizos,
exclamé:— Yo te adoro; cual salterio
vibró tu acento en mí; tu dulce imperio
acata el corazón enamorado;

tu hermosura es la crátera divina,
la copa diamantina
donde el goce inmortal Dios ha escanciado.

.....

Y á mis tiernos arrullos no cediste.
¡Oh mujer! me venciste
en buena lid, y tras posar un beso
en mi abrasada frente, de mí huiste
veloz. Tal vez por eso,
aun ser tu dueño el corazón ansía;
tal vez por eso, flor de casto broche,
¡el recuerdo feliz de aquella noche
no se borra jamás del alma mía!



LA TRILLA

Ya es llegada la tarde, ya el sol que muere
al hundirse en ocaso finge un incendio,
y se ciñen los montes cárdenas brumas
y el azul horizonte pálidos velos.

Ya el pastor el ganado lleva al aprisco,
ya á su rústico albergue torna el labriego,
ya á sus nidos regresan las golondrinas,
trinando alegremente, con rauda vuelo.

Cerca del caserío, blanco atalaya
que en la bronca planicie se alza de un cerro,
el zagal, en la era, las rubias mieses,
en doradas gavillas, trilla ligero.

Rige con hábil mano la fuerte cobra
arrogante y gallardo, rudo y apuesto,

con el rostro curtido por la intemperie
y al par por el trabajo curtido el cuerpo.

Vedle erguido, á las luces crepusculares:
la camisa, entreabierta, deja su pecho
casi al aire y su airosa cintura prende
ceñidor encarnado de largos flecos.

Y en tanto trilla el mozo, junto á la era
una apuesta zagala, de ojos tan negros
cual la endrina y los labios cual amapolas,
cuida, el grano que salta, de echar al ruedo.

Luce la campesina pobre corpiño,
cárcel asaz estrecha para su seno,
y de roja bayeta corto refajo
y un puñado de flores luce en el pelo.

¿Qué mira la aldeana? ¿Dónde á posarse
van, en néveas bandadas, sus pensamientos?
Para el mozo garrido que está en la era
dónde van á posarse no es un secreto.

Amor hiere sus almas con dardo agudo,
amor vierte en su sangre su sacro fuego,
y amor pinta de rosa sus horizontes
y de éxtasis ardientes llena sus sueños.

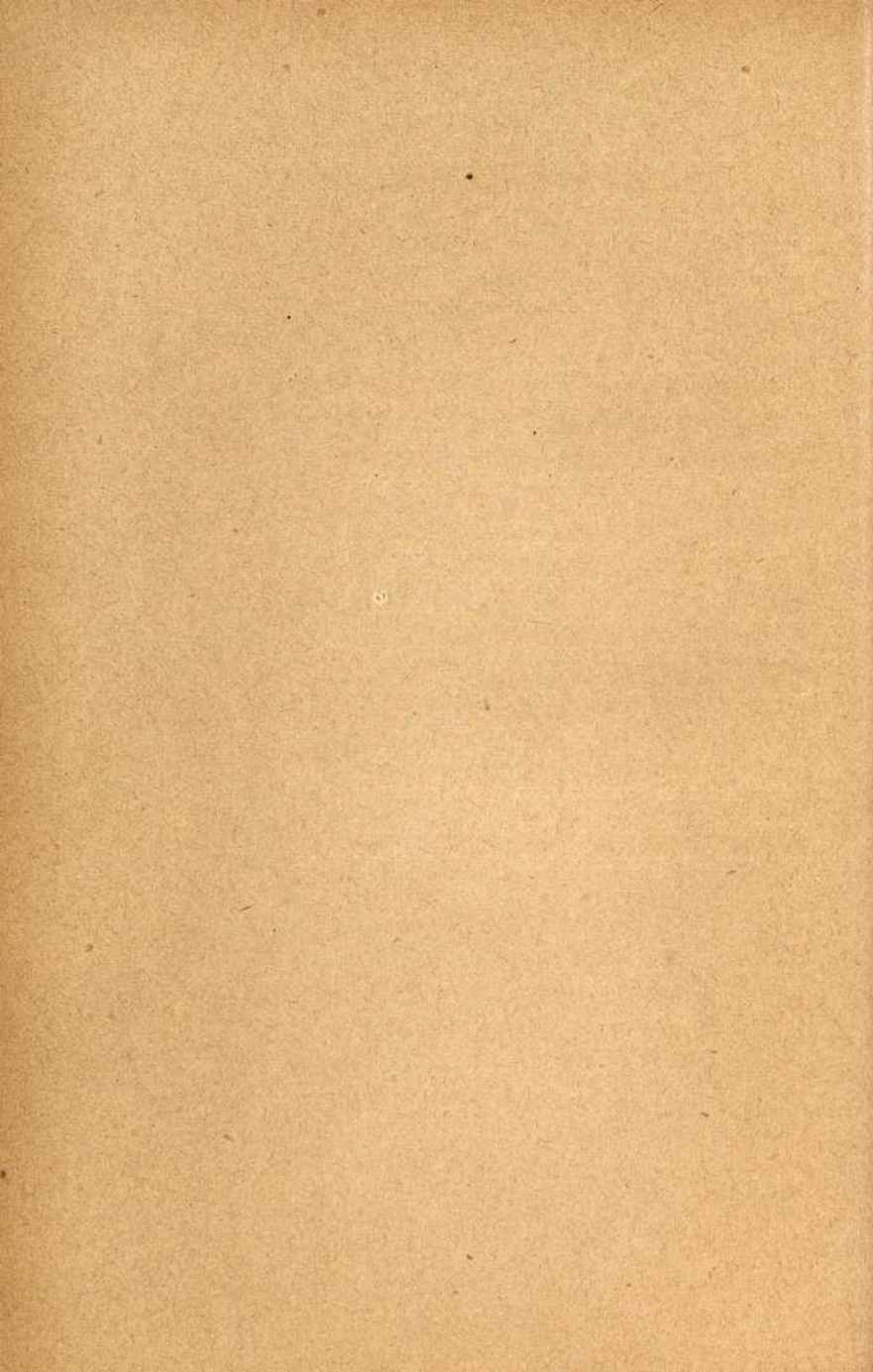
Y con voz, que es arrullo—Canta—le dice
al zagal la zagala, y el zagal, llenos
los ojos de ternura, preludia un canto
melancólico y triste como un lamento.

Y al toque de oraciones, grave y sonoro,
que en lentas campanadas conduce el céfiro
desde la pobre aldea, voz cuyos sonos
de montaña en montaña repite el eco,

El zagal se destoca rápidamente,
y la cobra detiene, y al mismo tiempo,
la zagala, de hinojos, cruza las manos
y la santa plegaria sube á los cielos.

.....

Ya la era abandonan los trilladores
y ya hacia el caserío con paso lento
caminan, y ambos saben que la montaña,
por mucho que se besen, guarda el secreto.



EL SIMOUN Y EL CARAVANERO

—¿A dónde, á dónde dirigen,
caravanero, sus pasos,
tus resistentes camellos
y tus fuertes dromedarios?
¿Dónde va la caravana
de mercaderes cristianos,
y mercaderes hebreos,
y mercaderes asiáticos?
¿Los creyentes musulmanes
á dónde marchais?

—Marchamos
á la ciudad del Profeta,
la de los áureos naranjos
y los verdes tamarindos;
en donde el cielo ha esmaltado
de mirtos y de nenúfares
y de arrayanes los campos;

donde entre ramas y flores,
cual en ellas engarzados,
brillan níveos alminares,
cual brillan del sol los rayos;
á la ciudad esplendente
que engalana sus serrallos
con pálidas circasianas,
albanesas de ojos lánguidos
y con las bellas más bellas
de Bagdad y de Damasco;
á donde de Caba el templo
luce, cual símbolo santo,
del Paraíso una piedra.
—¿Y qué llevas encerrado
en esas arcas que huelen
como el incienso y el sándalo,
cobrizo caravanero?
—Llevo en ellas encerrado
un tesoro: limpias perlas
de Golconda; los más caros
diamantes; de Cachemira
los tisúes más preciados,
los que lucen en su urdimbre
más colores que los campos
de Korazán lucir pueden;
brazaletes africanos;
de Lahor blancos marfiles,

mirra azul y los más raros
perfumes que da el Oriente;
y cual con gotas de llanto
de las huríes del cielo
y en el cielo fabricados,
cien collares, los más ricos
que ceñir puede la mano
de un califa á una sultana.
— ¿Y si te salen al paso
los nómadas del desierto
en sus ágiles caballos,
ó la pintada pantera,
ó el de ojos sanguinarios
chacal hambriento que ronda
tu caravana?

— No en vano
en las fraguas damasquinas
mi cimitarra templaron;
no en balde vista certera
tengo y corazón bizarro;
y no es mi corcel en balde
como el huracán de rápido.
— Y si yo, caravanero,
mis negras alas desato
y la rica caravana
aprisiono entre mis brazos,
¿qué será de los tesoros

que llevan tus dromedarios
en esas arcas, que huelen
como el incienso y el sándalo?
¿Qué de tu noble arrogancia?
¿Qué de tu corcel alado?
—Alá es grande y si El lo ordena
al punto seremos pasto
de las fieras y los buitres;
mas si Alá no ha decretado
que los viajeros sucumban,
ennegrece ya el espacio,
alza en montañas la arena
y entona tus himnos trágicos,
que, á pesar de tus furores,
el caravanero, impávido
llevará su caravana
de mercaderes cristianos,
y mercaderes hebreos
y mercaderes asiáticos,
á descansar á Medina,
la de los áureos naranjos
y los verdes tamarindos;
en donde Dios ha esmaltado
de mirtos y de nenúfares
y de arrayanes los campos.

LA ETERNA VENCEDORA

—Nadie de mí triunfar logra:
yo doy fin á toda obra
que comienzo, yo termino
siempre la empezada ruta,
nadie el paso me disputa
ni entorpece mi camino.

Dijo el Dolor, y á su acento,
con el rostro macilento,
la tez incolora y fría
y vid-riosa la mirada,
con voz triste y desmayada
lo interrumpió la Atonía.

—Mientes en tan necio alarde,
que yo, que llego más tarde
que tú, siempre te he vencido;



yo, que enjugo todo llanto
y soy cual bálsamo santo
en todo sér dolorido.

—Yo vuestro poder desdeño,
exclamó surgiendo el Sueño
de entre argénteos resplandores,
porque yo todo lo embargo
y adormezco; yo aletargo
los más profundos dolores.

Mas al punto una tercera
visión:—Yo soy la primera—
dijo;—yo soy la más fuerte;
la invencible dictadora,
yo, la única redentora
de los que sufren, la Muerte.

Dijo, y á su voz serena,
que siempre grata resuena
en quien la dicha no alcanza,
ni jamás logró sus dones,
las tres pálidas visiones
se hundieron en lontananza.

'SIEMPRE IGUAL

Y otra vez, tras breve asedio,
estampó su ósculo el tedio
en mi alma dolorida,
y me dijo: Ya he triunfado
de nuevo, ya de tu lado
no me iré en toda tu vida.

Mas á poco, hizo el destino
que te hallara en mi camino,
mujer un tiempo adorada,
y al ver de su faz delante
la tuya bella y radiante,
esgrimió el tedio su espada.

Y la lid trabóse en breve,
y se deshizo la nieve
al calor de la contienda,

y otra vez rendí homenaje
al amor, verde bosque
donde el goce alza su tiendal

Y embriagado en tu hermosura,
di tregua á mi calentura
de placer en un torrente,
placer que apenas gustado
lega un vértigo al pasado
y una tristeza al presente.

Y de nuevo, sigiloso
y glacial y silencioso,
me acompaña en mi sendero
el que ya juzgué vencido,
¡mi más fiel y aborrecido
y constante compañero!

ÓYEME

Oye mi canto, sultana;
antes que tu celosía
bañe en su luz la mañana,
oye la dulce armonía
de mi canción africana.

Deja los muelles cojines
de bordados terciopelos
de tus áureos camarines,
y oye al que muere de celos
y de pasión, al que vino
á luchar contra el cristiano,
desde el desierto africano
hasta el verjel granadino.

Yo soy el fuerte guerrero
que la cerviz nunca abate

ni jamás rindió su acero,
el que nunca en el combate
dejó de entrar el primero.

El que, en la cuja su lanza,
á ningún guerrero cede
ni en denuedo ni en pujanza;
el que nunca retrocede
y á su yatagán sujeta
llevó siempre la fortuna;
el que fué desde la cuna
bien querido del Profeta.

Contra mi curtida frente,
el huracán del desierto
estrelló su arena ardiente,
y cual él, en rumbo incierto,
recorrí todo el Oriente.

Doquier dejaron mis tiendas
de blanco lino, señales,
y crucé todas las sendas
y todos los arenales,
y en brazos de mi destino
fui, por doquiera, sin freno,
con mi corcel sarraceno
y mi alfanje damasquino.

Vine desde las lejanas
zonas donde las palmeras
dan sombra á las caravanas,
por abatir las banderas
de las huestes castellanas.

Vine, mas vine en mal hora,
por conducir en mi mano
triumfante la enseña mora
por los lares del cristiano,
y en lugar de noche y día
teñir en sangre mi acero,
canto y gimo, lloro y muero
al pie de tu celosía.

Ven, pues, conmigo, agarena,
hasta el Yemen perfumado,
que si no, muero de pena;
deja el alcázar dorado
donde el sultán te encadena.

Ven, hurí de las huríes,
tú, que al dolor aniquilas
en tus labios carmesíes;
tú, que en las negras pupilas
llevas, porque Alá lo quiso,
los resplandores primeros

con que bañó los luceros
que alumbran el Paraíso.

Ven, y en mi serrallo, ingrata,
tendrás un kiosko de flores
con la cúpula de plata,
donde es de los ruiñeños
eterna la serenata.

Ven, bajo el Sol que ilumina
los jardines de Basora,
y los templos de Medina,
y harás que el moro, la hora
nunca maldiga en que vino
á luchar contra el cristiano
desde el desierto africano
hasta el verjel granadino.

HETAIRA

Contemplad á la hermosa, rica fuente
del placer más ardiente;
ved sus rubios cabellos perfumados,
que coronan en bucles su cabeza;
mirad cómo en sus ojos, sombreados
por sedosas pestañas, la tristeza,
una vaga tristeza de bacante
cansada del placer, fulge constante,
y ved al par cómo á quemar empieza,
con sus alas de fuego, el torbellino
del goce más liviano,
su labio purpurino,
de los capullos del rosal, hermano;
ved; de roca aun parece
su gallarda figura;
escuchad la dulzura
inimitable de su voz, henchida

de un ritmo embriagador, voz tan suave
cuando expresa la fiebre no sentida,
que un punto al escucharla no se sabe,
si es aquella su voz, ó si es que un ave
en su garganta anida.

Miradla, y no busqueis tras la fulgencia
de sus ojos la pura transparencia
que el candor atesora;
no busqueis tras la línea arrobadora
del seno escultural la emoción viva
y noble al par que el corazón adora;
no busqueis la blancura que cautiva,
de los castos amores atributo;
no busqueis el dulcísimo embeleso
conque la virgen rinde, al primer beso
del hombre amado, pasional tributo;
no busqueis del pudor la extinta huella,
que por suerte fatal, ya todo en ella
vive feliz, mas como vive el bruto.

No hallareis, buscadores de tesoros,
el más pobre filón en la cantera:
no siempre el pedernal guarda el diamante,
y esa niña hechicera,
de pálido semblante,
no es más que pedernal, estatua hermosa

cual estatua impasible; esplendorosa
gala del vicio, que, con torpe mano,
envilecen al par, con varoniles
caricias el jayán y con seniles
caricias el anciano.

Vedla fingir espasmos y vehemencias;
pronto, más que la edad, las consecuencias
del infame torneo,
todo encanto, incentivo del deseo,
hará en ella morir, y ya vencida,
y despreciada y de rencor henchida,
la vereis conducir como trofeo,
á los antros más hondos y ruines,
las flores que arrancar de los jardines
consiga con su mano envilecida,
despojando al verjel de sus capullos,
despertando á sus pérfidos arrullos
á la virgen dormida.

Y después la vereis, carcoma impura
del vicio, en las postreras gradaciones;
el cuerpo ya deforme curvatura,
las galas del ayer sucios girones;
lo que sonrisa fué, ya horrible mueca,
boca ya hundida lo que flor fragante;
lo que ritmo, explosión vibrante y seca;

montón fétido, en fin, lo que radiante
copa un tiempo de locas embriagueces;
ojos vidriados los que fueran soles
y las tintas que fueran arreboles
ya horribles livideces.

Y después, la vereis caer desplomada
en la fosa común, abandonada,
á solas con sus hondos torcedores,
sin que una mano, al sucumbir, piadosa
sus párpados entorne, ni su fosa
vaya jamás á engalanar con flores.

VENUS EUCARITES

Después de leer *Lais de
Corintio*, de Debay, traduc-
ción de Belmonte Müller.

I

Ved; las frondas están iluminadas,
y ocultos entre yedras y entre mirtos,
dan al viento, cantantes y eleutridas,
acordes armoniosos y dulcísimos.

Entre guirnaldas de olorosas flores
ved del amor embriagadores símbolos:
Ariadna, que llora de Teseo,
cabe las ondas, el ingrato olvido.

Leda, que gime de placer, en tanto,
con dulces ansias, la contempla Tyndaro;
Diana, que llora de Endymion la ausencia,
Venus Amante y á sus pies Cupido.

Sátiros que acarician delirantes
de ardiente gozo entre sus brazos rígidos,
los erectiles senos de las diosas,
cinceladas en mármoles purísimos.

En el verde bosque se acarician
enlazados bacantes y caprípedos,
y en los lagos sacuden entre náyades
nevados cisnes su plumaje nítido.

Sobre tazas de jaspe se destrenzan
las fuentes en raudales argentinos,
y orla de encajes de cristal, la luna
las verdes ramas con su argénteo brillo.

Las sombras y la luz, en lontananza
combinan vagos, misteriosos limbos.
Mirad, son los jardines encantados
de la hetaira más bella de Corinto.

II

Del áureo y blanco pabellón de yedra
y de exóticas flores revestido,
subamos la marmórea escalinata
y crucemos el mágico vestíbulo.

Una esclava de Nubia alza el brillante
tapiz de Persia; penetrad conmigo,
y en un trono esplendente y alfombrado
de séricas estofas ved el ídolo.

Contemplad la gentil ramilletera
que el de Paros hallara en su camino;
es Venus, aun más bella que la Eucárites,
del arte gala, del cincel prodigio.

Adornan sus cabellos destrenzados,
que perfuman aceites odoríferos,
rica diadema de marfil y oro
y orlas de perlas en dorados hilos.

Riquísimo collar, resaltar hace
el blancor de su cuello nacarino,
y del seno, que finge dos palomas
blancas de Smirna sobre terso nido.

De seda glauca vaporosa túnica,
la más sutil de los telares índicos,
mal prendida por fibulas brillantes,
apenas si recata sus hechizos.

Argentífera sierpe, de pupilas
y aguijón de esmeraldas y zafiros,

ciñe su talle, cimbrador y esbelto
cual las palmeras que fecunda el Nilo.

Sobre pieles de Libia, en las sandalias
tan breves cual gentiles son granizos,
prisioneros en cálices de flores
sus pies nevados cual nevado armiño.

Mirad cómo descuella entre sus ninfas
cual entre blancas rosas blanco lirio,
mirádlas envuelta en la aromosa nube
de la mirra quemada en los turíbulos.

Guerreros y poetas y filósofos,
los por el beso de la fama ungidos,
los coronados de laurel y roble,
congregados están en el recinto.

Puestos en ella los amantes ojos
un cántico á la diosa alza Aristipo;
mirándola, la rica satrapía
un príncipe de Tracia da al olvido.

Jenofonte, severo y mesurado,
discute con Eurípides, y el cínico
filósofo de Atenas va sus mofas
repartiendo entre todos cual silicios.

El artista de Paros, la modelo
de su Venus contempla embebecido,
y cuanto en Grecia resplandece, irradia
su viva claridad en el triclinio.

III

La señal del banquete la corintia
hace sonar en refulgente disco;
se coronan los nobles invitados
de rosas y violetas y jacintos;

con lánguida molicie se reclinan
sobre lechos de bronce guarnecidos
de follajes de plata y tapizados
con la más bella púrpura de Tiro.

Las breves mesas de labrado thuya
se cubren de manjares exquisitos;
escancian en las copas los esclavos
dulces y rancios y olorosos vinos,

los que, encerrados en preciadas ánforas,
más calendas pasar vieron cautivos:

el Chipre, el Naxos y el famoso Teos
del viejo Anacreonte el preferido.

Se marchitan las flores en las sienes,
y del deseo al poderoso estímulo,
late febril el corazón, la sangre
hierve y circula con ardiente ritmo.

Y el beso estalla, y á los blandos sonos
de dulces flautas y sonoros címbalos,
las bailadoras, destocado el seno,
rompen en lentos cadenciosos giros.

Y de la gama lidia á las cadencias,
en lánguido vaivén, sus incentivos
van desnudando de la suelta túnica,
y destrenzando los flotantes rizos.

Y estalla la pasión voluptuosa
como torrente arrollador, y al grito
del goce, la razón rauda se aleja
y en su rojo corcel llega el delirio.

.....

Ya de la aurora al despertar suave,
mirad cómo se alejan cual vencidos

los vencedores, arrugado el peplo,
mustios los ojos y el semblante lívido.

Ved... mas callad, que del Amor Discreto
la estatua así lo ordena en el asilo
del arte y del placer, en los jardines
de la hetaira más bella de Corinto.

EL CORAZÓN Y LA CABEZA

—¿Quién turba, corazón mío,
tu reposo? ¿Quién despierta
á su voz á tus pasiones?
¿Quién en tí vence al hastío?
¿Quién te abrió otra vez la puerta
de luz de las ilusiones?

¿A qué poderoso embate
tu glacial enervamiento
rompes, corazón iluso?
¿Quién otra vez al combate
te lanza?

Y con sordo acento
el corazón le repuso:

—Una mujer, y tan bella,
que cual vértigo enloquece

y radia cual radia el astro;
una mujer que destella
luz de luna y que parece
esculpida en alabastro.

Son sus ojos los más bellos
en que la pasión derrama
sus más vívidos fulgores,
ojos de ardientes destellos,
tan verdes cual la retama
que perfuma los alcores.

En su faz tersa y riente,
sus más fúlgidos hechizos
derramó la primavera,
y es sobre su blanca frente
una rebelión de rizos
su espléndida cabellera.

Su talle, que el viento mece
aunque sus alas dormidas
lo acaricien sin rumores,
talle que un junco parece,
luce cual por Dios prendidas
en sus extremos dos flores.

Y al conjuro poderoso
de la luz que en ella brota

•

como del Oriente el día,
¡adiós! dije á mi reposo,
al sentir de nuevo rota
la quietud en que yacía.

Y pues así lo has querido
ya sabes quién me despierta
otra vez á las pasiones,
ya sabes quién al dormido
le abrió de nuevo la puerta
de luz de las ilusiones.

Dijo, y con glacial acento
su lucida consejera
así le repuso:

—En vano,
en vano encauzarte intento
¡la nave irá donde quiera
conducirla el Oceano!

Donde quiera el torbellino,
donde ha de ir fatalmente
por el Cielo destinada,
donde quiera su destino,
¡quién sabe si á la rompiente!
¡quién sabe si á la ensenada!

Sigamos, pues, nuestra senda,
cada cual con sus trofeos,
sus penas y sus placeres;
sigamos, pues, la contienda,
tú, esclavo de tus deseos,
yo, esclava de mis deberes.

UN CUENTO

Á UN ARTISTA

Encerró una vez un mago
una princesa encantada
en una torre de oro
con las almenas de plata.

Guardián de la princesa,
de la prisión á la entrada,
constantemente vigila
una terrible alimaña.

Mas tan bella es la princesa
que el hechicero encantara,
que sus favores codician
los guerreros de más fama.

Los más inclitos guerreros,
los de estirpe más preclara,
los de más nobles blasones,
los de más invictas armas.

Y de todas partes llegan
en amorosas cruzadas,
el árabe de faz ruda
y de corva cimitarra;

El poderoso germano,
blanco y de tez sonrosada;
el de pálido semblante
guerrero de Escandinavia;

El galo de faz riente;
el huno, que sólo sacia
su sed en sangre, y el íbero
y el masageta y el sármata.

Pero son pocos, muy pocos,
los que escalar las murallas
consiguen, los que consiguen
del triunfo la verde palma.

Y son muchos los vencidos,
los que sus tiendas levantan

al pie de la enhiesta torre
y al pie de la torre acampan.

Allí acampan y allí tienden,
sin cesar, sus emboscadas
á los que gozar pretenden
á la princesa encantada.

.....

Tú estás ya frente á la torre,
y próximo á las murallas
donde la fiera vigila
y los vencidos te aguardan.

.....

Ya estás más cerca, más cerca,
ya la fiera te amenaza
y te cercan los vencidos
como buitres en bandadas.

Ya el paso intentan cerrarte,
ya el corvo pico te clavan,
te aturden con sus graznidos
y te azotan con sus alas.

Mas no desmayes, guerrero,
que ya está la suerte echada,

que al fin los buitres son buitres
y no son los buitres águilas.

Que cien preclaros varones,
los que triunfaron, te aguardan,
y con ellos la princesa
que el hechicero encantara.

Adelante, pues, guerrero,
á donde el triunfo te llama,
¡á la gran torre de oro
con las almenas de plata!

MÍRALA

Mírala; tan glacial como arrogante
y tan indiferente como bella,
no deja el pedestal un solo instante;
en su alma el diamante
del amor no grabó nunca su huella;
aun nunca vertió en ella
pasión alguna su febril encanto;
ningún acero taladró su escudo;
aun nadie verla pudo
romper en risas ni arrasarse en llanto.

Su frente, tersa y marfilina y pura,
parece reclamar una corona
y una túnica regia su figura;
su altiva faz su condición pregona,
y marmórea y segura
de nunca sucumbir, jamás vacila;

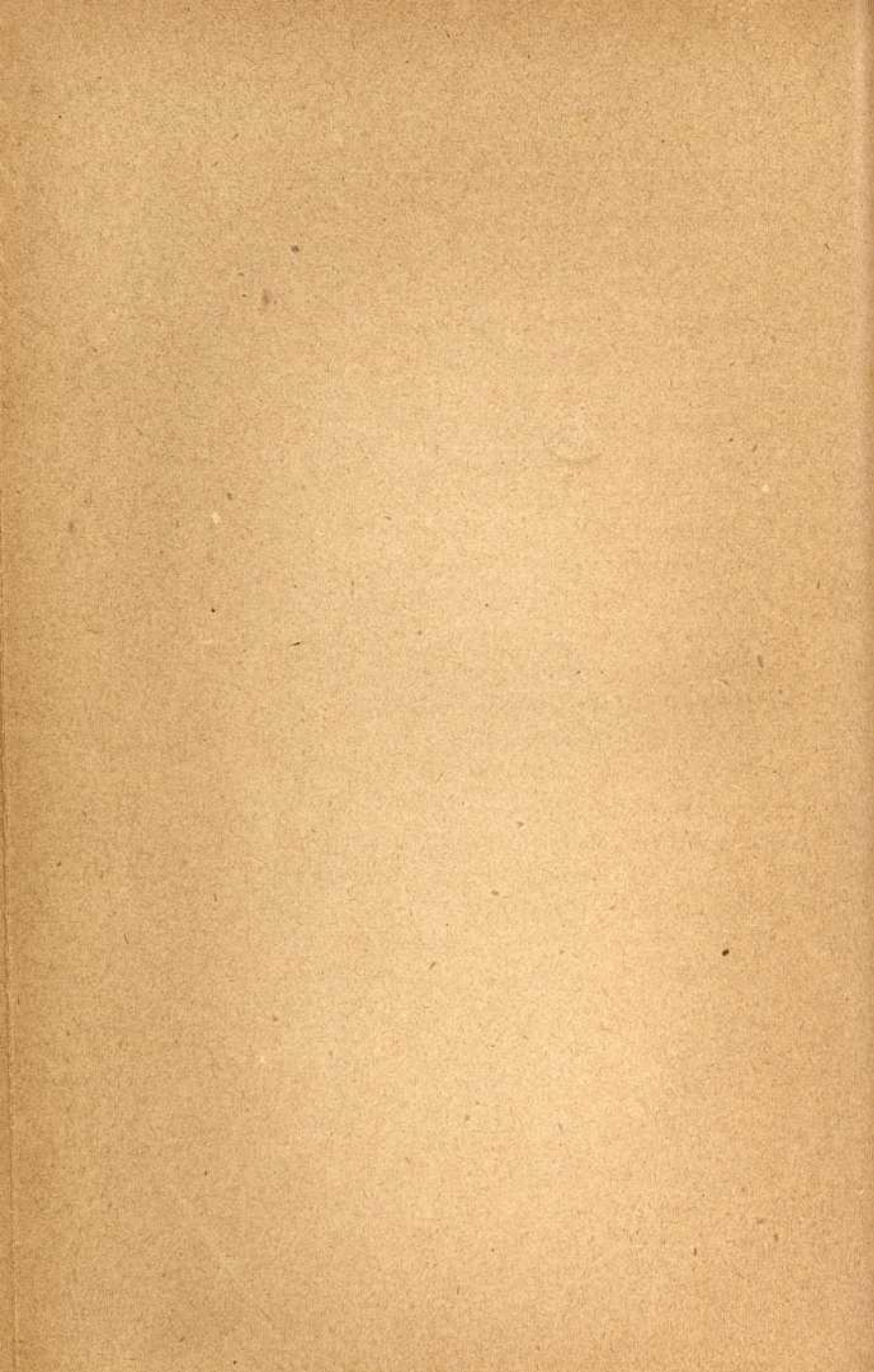
jamás la tentación su sangre besa,
nunca en su mente á la ilusión asila,
ni se asoma su alma á su pupila
de virgen cordobesa.

¡Aun nunca ha traspasado los umbrales
del áureo templo en que el amor modula
sus himnos inmortales!
Palmera que no ondula;
tórtola sin arrullo;
escultura en que alientan solamente
la razón y el orgullo;
rama que nunca perfumó el ambiente;
lago que nunca su cristal agita;
preciosa estalactita
que irisa el sol, aunque jamás la inflama;
de aun ignorado olor blanca azucena;
aun en vano la sirte la reclama;
aun en vano la llama,
cantando en el escollo, la sirena.

Hurtada el alma, en su regazo mora,
como en urna sellada, y nadie sabe
si es de sombra ó de luz la que atesora,
y hondo misterio, de escondida clave,
fúlgido enigma, deslumbrante arcano
del cual aun nadie consiguió la llave,

como cruza el bajel el Oceano,
si éste del lago la quietud iguala
y el viento apenas sus cristales riza
y un blando arrullo al ondular exhala;
ella, majestuosa, se desliza,
feliz al parecer, por su sendero;
mujer-esfinge, luminoso idioma
para mí y para todos extranjero;
¡celaje tras el cual jamás asoma
nada de cuanto oculta, pebetero
al que nunca el incienso dió tributo,
árbol si siempre en flor, siempre sin fruto
y góndola gentil sin gondolero!

¡Mírala, tan glacial como arrogante
y tan indiferente como bella;
pero no te aproximes ni un instante
a la pérfida playa, navegante,
si es que no quieres naufragar en ella!



REALIDADES

Miróme de hito en hito el noble anciano,
y estrechando mi mano
con la suya, senil, yerta y rugosa,
díjome con voz grave:
—La improfanada clave
de todo cuanto vive, está en la fosa,
«en ese negro puente que conduce
de una estrella á otra estrella»,
esfinge del abismo, que produce
en quien se fija en ella,
pánico horrible y tenebroso espanto,
cuando aun la existencia nos ofrece
su ánfora llena de vital encanto
y el sol de nuestra vida aun resplandece;
pero cuando el invierno se aproxima,
y de la negra sima
del desencanto la experiencia brota;
cuando llega el crepúsculo sombrío
y á la ilusión la realidad azota,

y el alma gime de cansancio y frío,
mira la esfinge sin mortal desmayo:
cuando el pálido invierno la sorprende,
de la rama, impasible, se desprende
la hoja que en ella germinara en Mayo.

Ya nada gozo ni pasión me inspira;
ya no soy lago donde el sol se mira,
ni verde fronda donde el aura juega;
ya lo que lago fué sólo es laguna
honda y sin transparencia, en que ninguna
esperanza navega;
honda laguna, retorcida rama
sin savia ni verdores,
que ya no más se vestirá de flores,
que el golpe ya del leñador reclama.

Tú aun el mar surcas cual novel marino
que las perfidias de la mar no sabe
y el choque aun no sintió del torbellino;
aun ignora la nave
cómo se encrespa el mar y el rayo brilla
y cómo el huracán su canto entona;
aun nunca el viento desgarró su lona
ni bajo alguno quebrantó su quilla.

Mas tal vez pronto llegará el momento
en que se trueque en vendaval el viento,

la intensa claridad en negra bruma;
en que el ronco oleaje
hasta el negro celaje
se alce en montañas de rugiente espuma,
y entonces, ese día,
de angustia y pena el corazón repleto,
llevarás en el alma el esqueleto
de tu muerta alegría.

Yo también, como tú, sentí en la frente
el ósculo radiante de la aurora
y en el alma su luz resplandeciente,
y el sol doró sobre mi tersa frente
los mismos sueños que en tu frente dora;
yo, cual tú, noble y de esperanza henchido,
del amor y la gloria en los raudales
me sentí acariciado y remecido;
mas huyeron las auras estivales,
y á los besos glaciales
del rudo invierno me postré vencido.

Dijo y calló el anciano...
y hoy al ver el invierno ya cercano,
y muertas al mirar mis alegrías,
¡cuántas veces me acuerdo del buen viejo,
de su voz ya senil, de amargo dejo,
y de sus profecías!

LA VUELTA DEL BEREBERE

¡Salve! ¡salve! mar de arena;
ya otra vez, por fin, resuena
de mis oídos cercano
tu misterioso concierto;
ya, por fin, á su desierto
vuelve el nómada africano.

Ya otra vez, ante sus ojos
brillan los matices rojos
de tu extensión abrasada;
ya en tu inmensidad tranquila
no halla casi la pupila
un límite á su mirada.

Ya, cual raudo torbellino,
al recorrer el camino
no halla diques ni fronteras;

son tus arenas sus lares,
sus pueblos tus aduares
y sus bosques tus palmeras.

Ya tornó de Siria, donde
nada á sus ansias responde
ni nada á gozar le incita
cual tus cielos refulgentes
y tus hálitos ardientes
y tu quietud infinita.

Sofiarte era su consuelo
hasta que libre alzó el vuelo
cual las águilas caudales,
y ya libre el berebere,
cien veces morir prefiere
á dejar tus arenales.

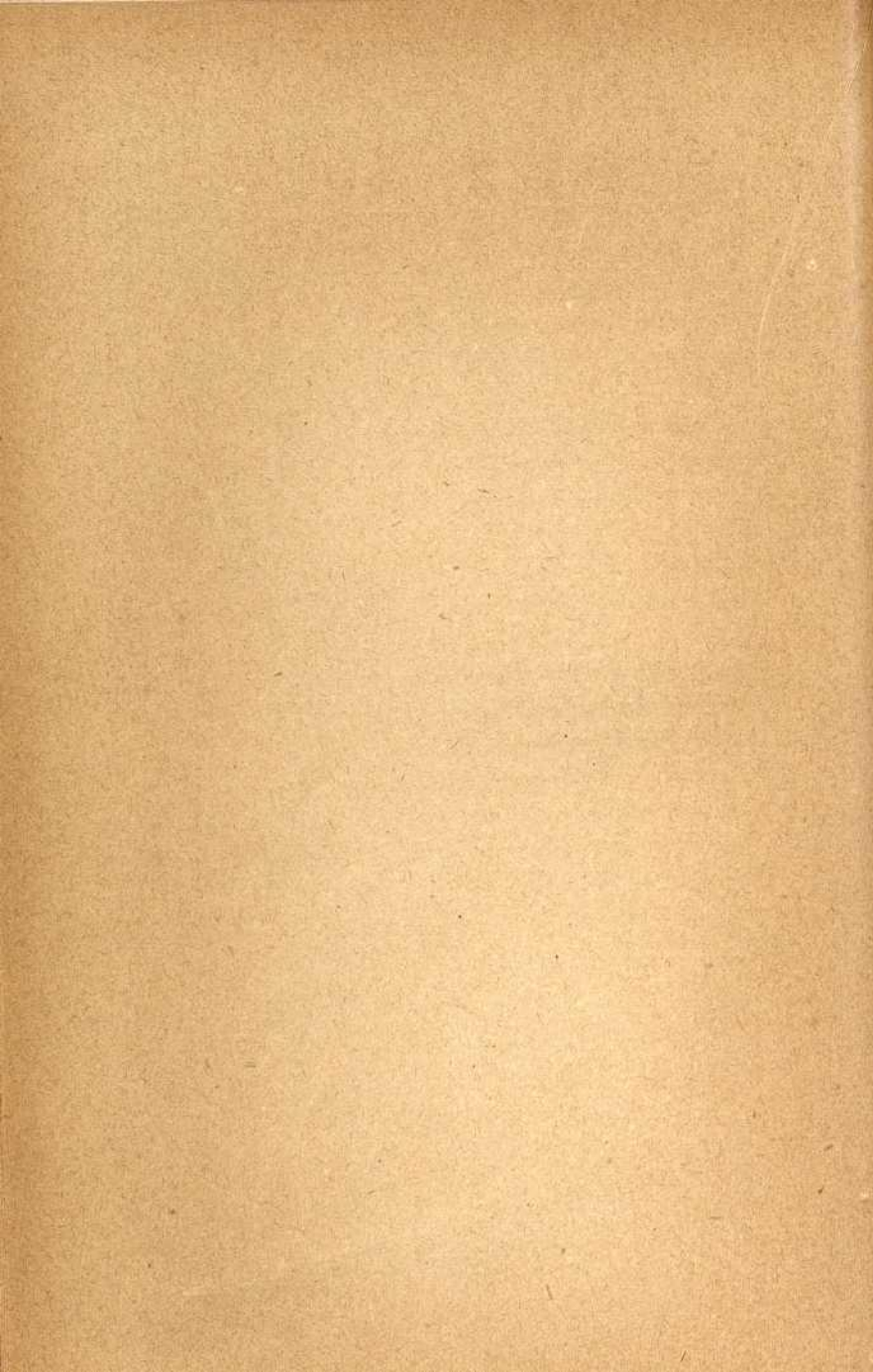
Vuela, vuela, pues, mi alado
corcel, por tí arrebatado
cruzar mis dominios quiero,
y que al fulgor de la luna
me lleves á aquella duna
en donde crece el gomero.

En donde el gomero crece,
donde en su hamaca se mece

la gentil amada mía;
llévame á la duna aquella
donde mi amada destella
más luz que destella el día.

Y cual si fuese al combate,
clava el moro su acicate
en su corcel, y se lanza
por la arenosa llanura,
y á poco va su figura
borrándose en lontananza.

Ya todo, todo enmudece:
dormido el viento parece
en los vastos arenales,
y el ave en silencio vuela
y, en silencio, la gacela
va huyendo de los chacales.



A MI ALMA

Te rebelas en vano, al verte herida;
en vano de la vida
quieres sondar el insondable arcano
al sentir estrellarse en tus riberas
las olas, las primeras
olas rugientes del dolor humano.

En vano luchas con afán creciente;
en vano alzas la frente
y de los dioses el poder te arrogas
del cielo azul ante la eterna valla,
que más el cielo calla
mientras más delirante lo interrogas.

Mas no ha de callar siempre, pronto un día
la duda, que sombría

te entenebrece, plegará su manto,
y tú del polvo surgirás radiante,
y la verdad triunfante
con sus caricias secará tu llanto.

Llegará un día en que la dicha ansiada
de la luz increada
tu sér envolverá en las aureolas,
en que Dios, desatando tus cadenas,
serenará tus penas
como del mar el Redentor las olas.

«Llegará un día en que la humana raza,
la que con sangre traza
la historia de su lucha gigantea»,
como nave feliz arribe al puerto
de luz, donde lo cierto
como sol inmutable centellea.

Llegará, pues llegar es su destino,
y al fin de su camino
sus sueños logrará, que lo que aspira
á Dios no puede ser sólo la forma
que la muerte transforma
en su constante evolución; mentira.

Mentira, sí, mentira; de este mundo
el páramo infecundo
no es más que una estación: el alma humana
no puede sucumbir, pues nada muere,
ni aun el polvo que hiere
con sus pies, al pasar, la caravana.

Mentira, sí, mentira; Dios existe,
y con su amor asiste
al alma ansiosa de inmortal encanto,
y un día del polvo surgirás radiante,
y la verdad, triunfante,
con sus caricias secará tu llanto.

MAL DE AMORES

Yo soy, mujer, de una tribu
de los desiertos de Arabia;
de una tribu en la que muere
de mal de amor el que ama
si no logra al sér amado,
y yo, por mi suerte aciaga,
soy de esa tribu, gacela
de las dunas africanas.

Yo soy, mujer, de esa tribu,
y es el amor en mi alma
torrente que no se agota,
dogal que no se desata,
fiebre que nunca se extingue,
astro que nunca se apaga
y tempestad que me envuelve
y puñal que me traspasa.

Y eres tú, tuya es la imagen
que perenne me acompaña;
tú la que mis pasos guía;
tú la que inspira mis kásidas;
de mi ambición acicate,
del Edén fúlgida escala
y joyel donde el guerrero
engarzó sus esperanzas.

Tú, la que besa mis sienes,
cuando sufro, con tus alas
invisibles; tú, que emulas
al pájaro cuando hablas;
tú que eres flor, porque aromas,
y centella, porque abrasas,
y porque enloqueces, vértigo,
y licor, porque embriagas.

Y por tí el noble agareno,
el que es de estirpe más alta,
el que á los grandes desdeña
y á los débiles ampara,
el que todo lo subyuga,
el que al esgrimir sus armas
en la lid, es más temido
que el alud en la montaña.

El indómito guerrero,
el de invencible pujanza,
el que fué el primero siempre
en las lides y en las zambras,
el rival de los emires
y el amor de las sultanas,
el que es león con los hombres
y antílope con las damas.

El del alquicel nevado
el de la roja chilaba,
el de nítido turbante,
el de bruñida espingarda,
el que luce de zafiros
y diamantes y esmeraldas
el pomo, el fúlgido pomo
de su corva cimitarra.

El que luce la montura
de su corcel de batalla
de raso y de tafilete
y de púrpura y de plata;
el déspota del desierto,
enamorado, á tus plantas
es ya tu siervo, gacela
de las dunas africanas.

Sí, es ya tu siervo, ¡mas guay,
de tí, mi prenda adorada!
¡guay de tí! ¡si ser tu dueño
el que te adora no alcanza!
¡guay de tí y guay del nacido
en esa tribu de Arabia
donde si no son amados
mueren de amor los que aman!

LA FUENTE Y EL CAMINANTE

—Si hasta mí te condujo tu destino,
¿á qué seguir la senda? Yo tu ardiente
sed calmaré en mis linfas—una fuente
dijo en un arenal á un beduino.

Del raudal al acento cristalino,
el viajero en su seno transparente
calmada ya la sed, indiferente
y satisfecho prosiguió el camino.

—¿Por qué te alejas de mi seno amante? —
preguntóle la fuente al caminante,
llorando solitaria en su ribera;

y el nómada repúsole: —Me alejo
porque siempre mejor que la que dejó
se me antoja la fuente que me espera.

¡EN GUARDIA!

—¡En guardia!—al verte, me gritó asustada
la razón, entregándome su acero;
mas en guardia al caer firme y certero
hirióme tu esplendor como una espada.

Hirióme, y vacilante la empezada
lucha prosigo, aunque vencer no espero
y no espero vencerte, porque infiero
que es invencible la mujer amada.

Sí, eres invencible y no sé cómo
llegarte al corazón, pues ya hasta el pomo
mi acero clavé en tí con tanto brío,

con ansiedad tan vengadora y fiera,
que ya deshecho el corazón te hubiera
si tú tuvieses corazón, ¡bien mío!



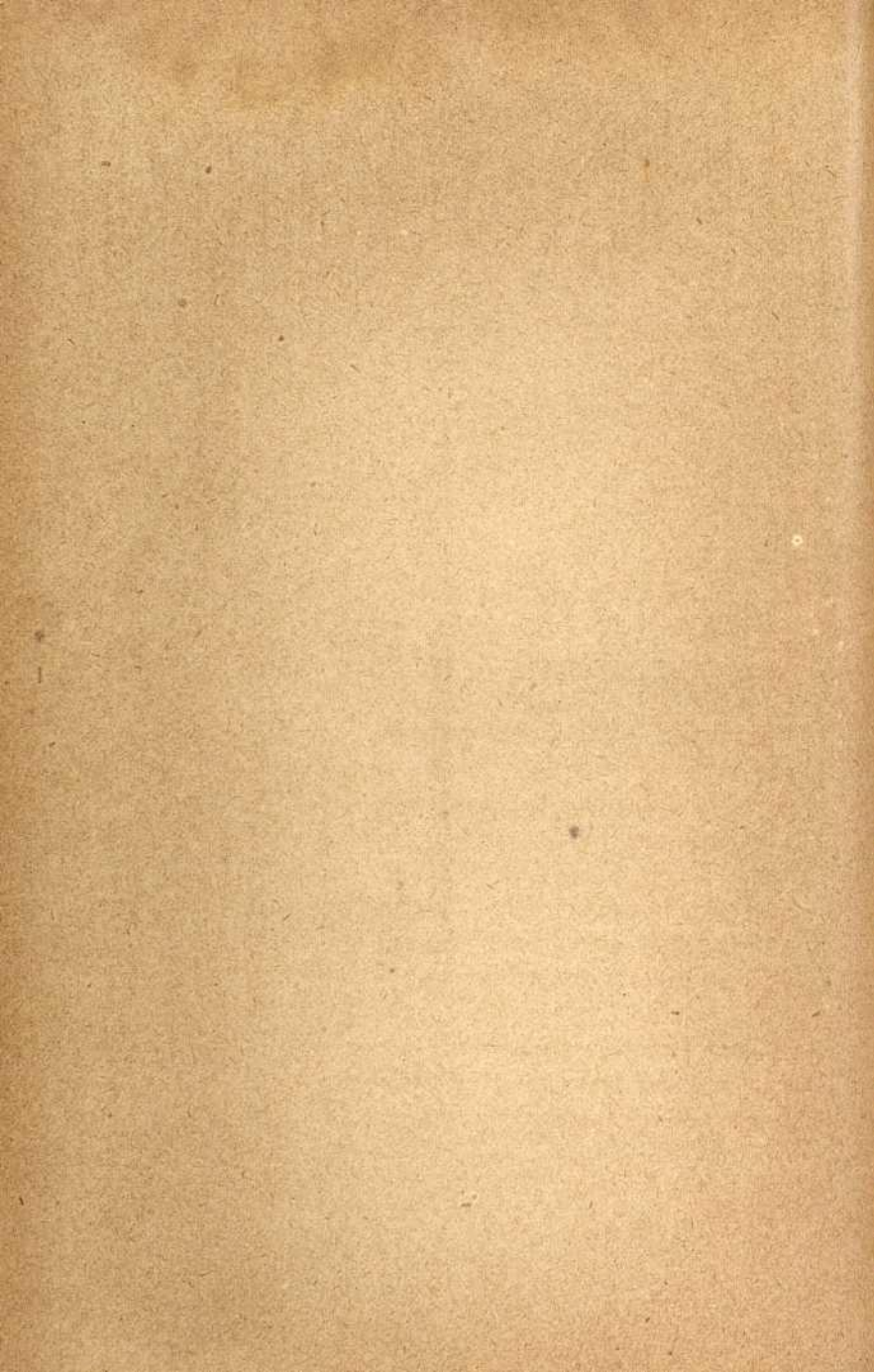
EL TELESCOPIO

• Miradle; es el coloso que desata
el lazo del enigma con su mano,
el titán que las sombras del arcano
cual siniestras legiones desbarata.

Lente en que el genio vencedor retrata
lo más impenetrable y más lejano,
antorcha que, á su luz, del Oceano
de la duda implacable nos rescata.

Cristal donde traduce el pensamiento
el idioma de luz del firmamento
entre sus ondas de zafir escrito;

¡pupila de inmutable transparencia,
que es la inmóvil pupila de la ciencia
retando, frente á frente, al infinito!



¿POR QUÉ LLORA?

¿Por qué llora, por qué llora
el desdichado agareno
y es tan triste su mirada,
bajo una duna que dora
un sol de rigores lleno
junto á una mar abrasada?

¿Por qué llora, por qué ansioso
la vista clava en remota
región anegado en llanto;
qué le roba su reposo;
qué sordo huracán le azota;
qué motiva su quebranto?

Honda, hondísima es su pena:
de los béticos vergeles
donde se mecía su cuna,

lo han arrojado á la arena
del Africa, las traiciones
de la contraria fortuna.

Por eso sufre sin tasa,
por eso la regia frente
rinde con pena infinita,
por eso en llanto se arrasa,
por eso gime el doliente
conturbado nazarita.

Llora su alcázar labrado
con neblinas y colores
en sorprendente harmonía,
en donde el arte ha engarzado
en prodigiosas labores
sus joyas de más valía.

Llora sus frescos jardines
donde libró tantas veces
tantas amantes batallas;
sus ocultos camarines,
sus dorados ajimeces
y sus enhiestas murallas.

Llora el oro de sus ríos,
sus montes llenos de aromas,

de luz y ritmos y flores,
en donde los caseríos
semejan níveas palomas
dormidas en los alcores.

Ya no hollarán más sus plantas
el harén en que liviano
le dió el goce su trofeo,
en donde turgencias tantas
acarició con su mano
crispada por el deseo.

Ya el sol, al bañar la tierra,
no logrará sus miradas
espaciar por sus vergeles
y las cumbres de su sierra,
eternamente adornadas
de nítidos alquiceles.

Ya halla sólo en el abrigo
que el litoral africano
brindara á su desventura,
desdenes en el amigo,
compasión en el hermano
y esquivez en la hermosura.

Por eso, por eso llora
el desdichado agareno
y es tan triste su mirada,
sobre una duna que dora
un sol de rigores lleno
junto á una mar abrasada.

¡VENCIDO!

— Me venciste, caballero:
no hizo blanco mi espingarda,
cayó mi corcel brioso,
cayó al bote de tu lanza;
saltar hizo en dos pedazos
tu acero mi cimitarra;
cayó á tus pies tu enemigo,
y tu enemigo, á tus plantas,
tu noble esfuerzo bendice
y bendice tu estocada.

— ¿Odias acaso la vida?

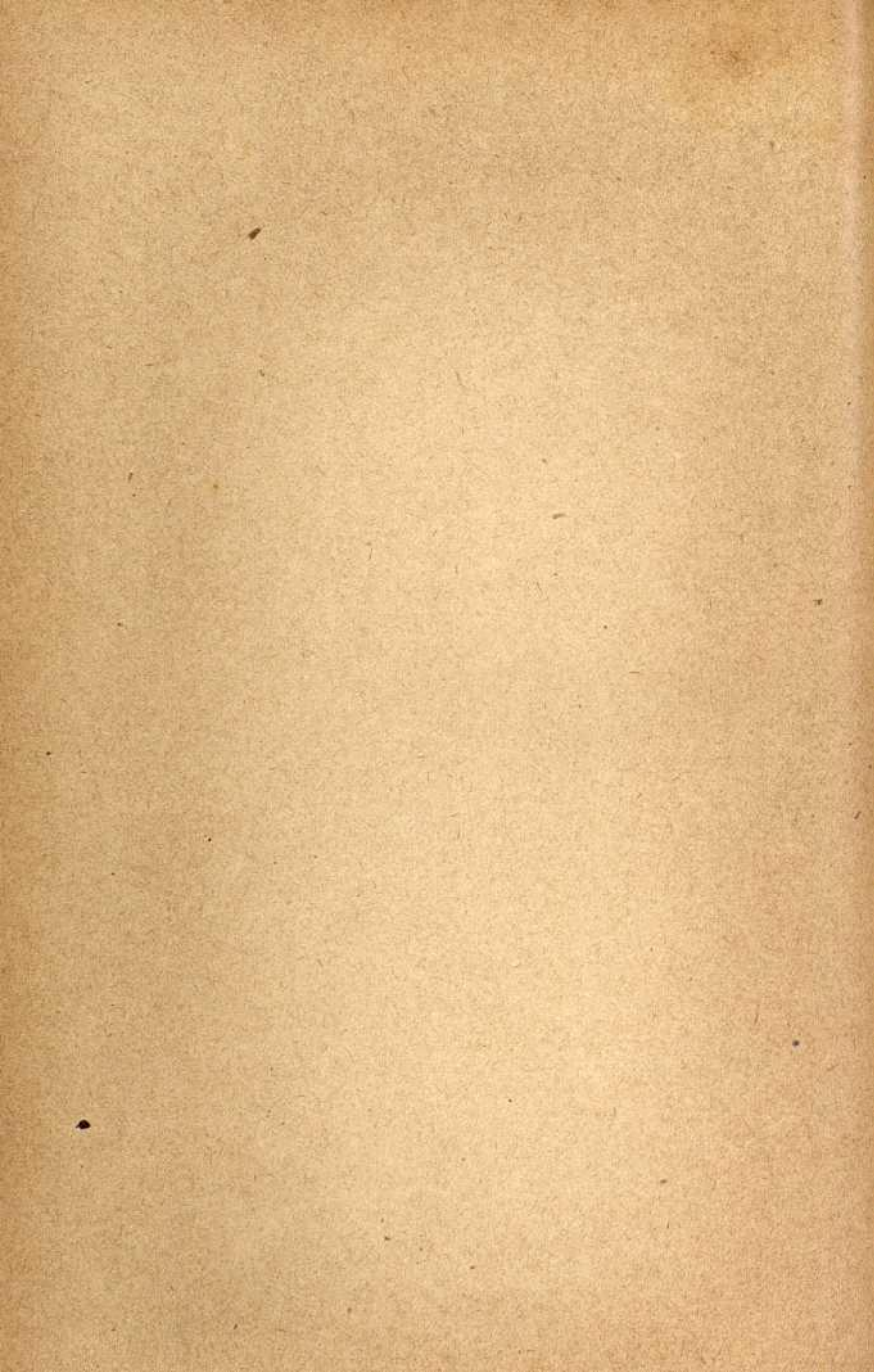
— ¿Qué es la vida si se ama:
una visión que se aleja,
ó una luz que no se alcanza?

— ¿Tal vez te hirieron los ojos
de alguna virgen cristiana?

— No, no es cristiana, cristiano;

la flor más enibalsamada,
la estrella más reluciente
no nació al sol de tu patria,
que nació allende los mares,
en donde el simoun arrasa
los aduares, en donde
su grito de guerra lanzan
al viento los bereberes,
en donde las caravanas
mueren de sed, donde todo
dormita en quietudes lánguidas;
allí nació la que amo,
la que destella y derrama
resplandores y perfumes,
la que al hablar es un arpa
de marfil y ébano y oro
con el cordaje de plata;
la que es bella como el sueño
de un creyente, la que abrasa
cuando mira, la que emula
al antilope si anda,
la que odiar me hace la vida,
la que, vencido á tus plantas,
me hace bendecir tu diestra
y bendecir tu pujanza.
Y posando en el sereno
azur la yerta mirada,

expiró el noble caudillo
pensando en su hermosa ingrata
virgen de los arenales,
en la que hablando es un arpa
de marfil y ébano y oro
con el cordaje de plata.



ALBORADA

A Ana García Cabrera.

Botón de rosa entreabierto
en verde rama florida,
cielo azul, brisa del huerto,
palma gentil del desierto
de la vida.

Dios bendijo tus albores,
te vistió célicas galas
y ornó tu senda de flores
y abrigó los colores
de tus alas.

De tus alas refulgentes,
que sólo ven las inquietas
almas de abrasadas frentes,
las almas de los videntes
y poetas.

Otros, sólo tu hermosura
admiran, la arrobadora
morbidez de tu figura
casi infantil, tu cintura
cimbradora.

Tu faz hermosa y tranquila
donde el candor se revela
cual luz que jamás oscila;
tu soñadora pupila
de gacela.

Tus labios, que son rubíes;
tus dientes, que nacarados
dejas ver si te sonríes,
cual en broches carmesíes
engarzados.

Tu pelo, negra guirnalda;
sierpe de ébano que ondea
tendida sobre tu espalda
y que al borde de tu falda
juguetea.

Tu tez, morena y suave
la suprema gallardía

de tu andar lánguido y grave;
tu voz, que emula del ave
la armonía.

Todo esto admiran las gentes,
mas no lo que las inquietas
almas de abrasadas frentes,
las almas de los videntes
y poetas.

Yo, mirándote, entreveo
el fondo del mar en calma;
yo, niña, al mirarte, veo
el plácido centelleo
de tu alma.

Tu pensamiento, nevado
albor de inocencia henchido;
yo, del cáliz cincelado,
veo el purísimo y sagrado
contenido.

Por eso, gentil morena,
de alma pura y candorosa,
por ti mi canto resuena,
porque eres, Ana, tan buena
como hermosa.

Porque yo, niña, entreveo
el fondo del mar en calma,
porque yo, al mirarte, veo
el plácido centelleo
de tu alma.

AL DOLOR

Ya estás aquí otra vez; ¡cuán breve ha sido
tu ausencia para mí! ¡Cuán prontamente
otra vez, en el alma y en la mente,
tus hondas puñaladas he sentido!

Otra vez, en mi torno, embravecido,
hervir arrollador, miro el torrente
que tantas veces salpicó mi frente,
que tantas veces me arrastró vencido.

Yo pensé que de herirme ya cansado,
me habías para siempre abandonado,
cual mísero despojo, en el sendero.

Juzgué tus abandonos, indulgencias;
mas ya sé, por mi mal, que tus ausencias
tan sólo son para afilar tu acero.

LA BAILADORA

Contemplad, de mi barrio,
la bayadera,
á la luz de la tarde
que ya declina.
Miradla; es tan obscura
su cabellera,
cual sus ojos, tan negros
como la endrina.

Su abolengo gitano
su faz evoca;
Dios, de un clavel granate,
de aromas lleno,
y dos sartas de perlas,
formó su boca,
y más duro que el mármol
labró su seno.

Orlan su pelo rizo,
las más preciadas
rosas, que al sol abrieran
en sus rosales;
y adorna sus orejas
con arracadas
de labor primorosa
de oro y corales.

Un mantón de Manila,
de cien colores,
al espléndido busto
lleva ceñido;
mantón que con sus flecos
onduladores,
acaricia las orlas
de su vestido.

Diminuto zapato
bajo, de cuero,
de alto tacón; y media
tirante y fina,
guardan un pie tan breve,
que el prisionero
se hace casi invisible
cuando camina.

En los brazos desnudos,
de tez morena,
brillan ajorcas dignas
de una sultana;
y en el cuello, pendiente
de una cadena,
una cruz que es un dije,
de filigrana.

La guitarra hace un mozo
gemir sonora
y al lánguido conjuro
de su armonía,
da comienzo á su canto
la cantadora,
ruiseñor de los barrios
de Andalucía.

Y ágil la bailadora
como una almea,
la elástica cintura
cimbra suave;
sobre su faz los brazos
gentil arquea,
y parece que al vuelo
se apresta un ave.

Mirad cómo consigue,
fascinadora,
hacer que de su cuerpo
las inflexiones
ora finjan el loco
vértigo, y ora
del placer las más dulces
enervaciones.

Ved cuál rima bailando
cuanto desea,
cómo sentir nos hace
cuanto simula,
y al par que los *palillos*
repiquetea,
bulle, gira, se encoge,
salta y ondula.

Y ved el escenario
que aun el sol dora;
las gentes que se apiñan
bajo la parra,
y escuchad cómo canta
la cantadora
á los dulces acordes
de la guitarra.

ENTRE GITANOS

—Malditos sean tus huesos
y maldita sea tu sangre;
te veas manco y con sarna
y no encuentres quien te rásque;
que ciegues de dambos ojos;
que el chambel tires en balde
á las hembras de tu gusto;
que se te güerva vinagre
el *peñascaró* que bebas;
que te estrelles, cuando saltes;
que cuando duermas, te agites;
que relinches, cuando hables;
que tó te dé en el gallillo,
y que á la postre arremates
de una puñalá melliza
ó de un tiro en mala parte.—

Así dijo con voz ronca
á otro, en mitad de una calle,
el tío *Caspa*, *calé* neto,
con más años que la Salve,
con más nudos que un pinsapo,
y más flaco que un alambre;
luciendo chaqueta corta
con vestigios de alamares,
donde el zurcido y la mugre
libran batallas campales
por cual á cual lleva el pulso;
un catite que ya nadie
catite lo llamaría;
una ancha faja, un alarde
de color indefinible;
calzones por los que el aire,
por más boquetes que arenas
tiene la mar, entra y sale,
y un camión, que si blanco
fué alguna vez, ni señales
conserva de la blancura
de sus muertas mocedades.

— ¡Válgame un *divé* del cielo!
¿Qué mal le jice yo á nadie,
agüelito, pa que asína
usté me sobre y me falte? —

Preguntóle al viejo el otro;
mozo de gallardo talle
y faz viril y morena;
que lucía prendas iguales
en corte, mas no en lo usadas
á las del viejo.

—Tú sabes
mú bien por qué te lo digo;
por una cosa más grande
que el día del Corpus Cristi;
porque te vide hier tarde
jacer lo que nadie ha jecho
en jamás de los jamases.
—¿Y qué jice yo, agüelito?
—Enmuéce y no me jables,
que si me voy del seguro
te van á dar dos calambres
en dambos pómulos.

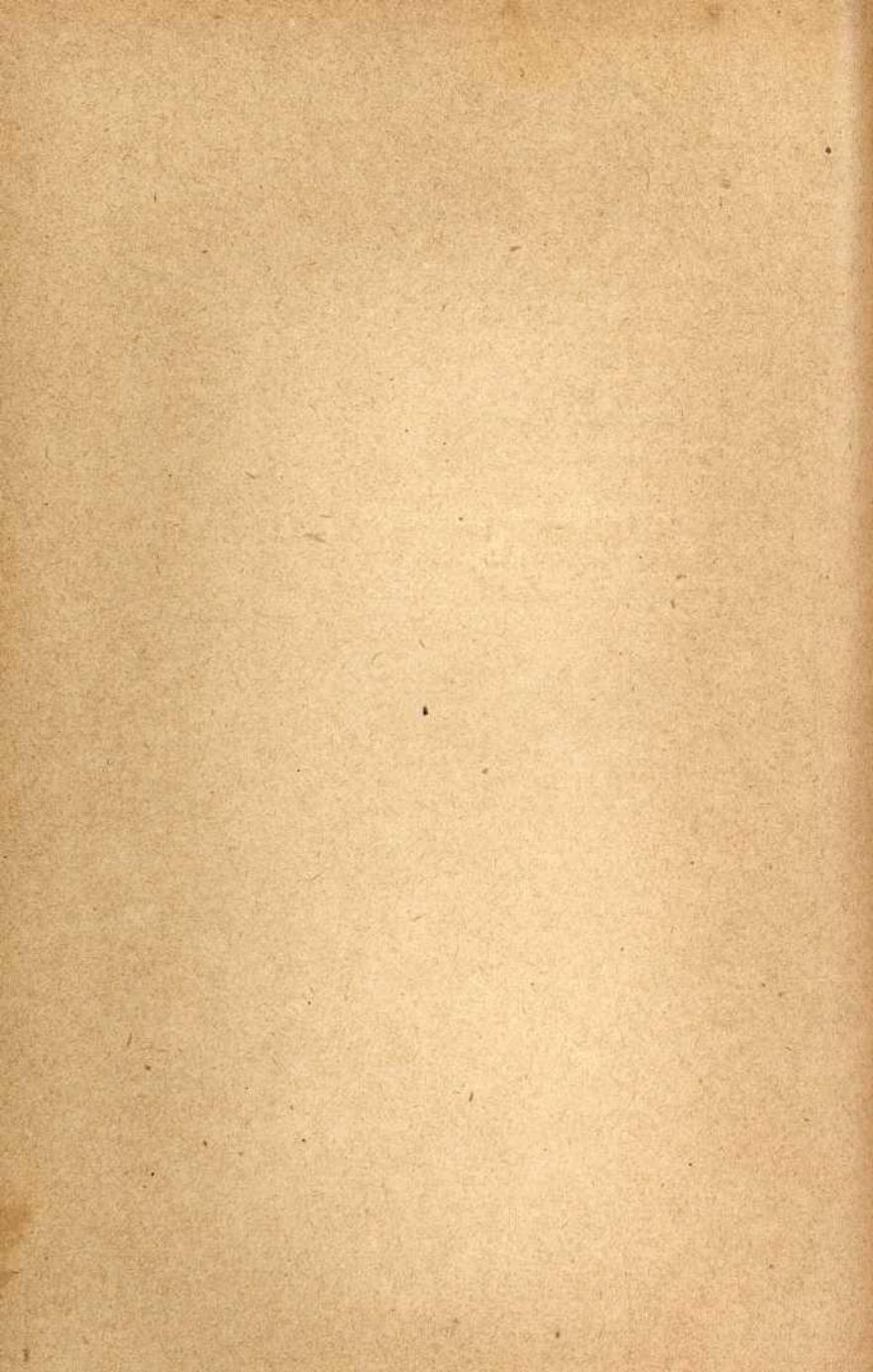
—Pero,
deje usté de propasarse,
mire usté que ya me empieza
á jechar jumo la sangre;
que no estoy yo acostumbrao
á que ninguno me aje
la ropa que llevo puesta,
ni á que me miente la madre,
ni á que me jurguen las formas;

con que deje usted, compadre,
de tirarme barro al cutis
con dambas manos, y jable,
y dígame usted qué he jecho
pa que asín se me propase;
vamos á ver qué faena
fué la faena que hier tarde
me cargué yo.

—¡Saleroso!
puesto que tú no lo sabes
te lo diré, vamos, hombre,
¡si me da rabia jablarte!
si te vide en *Gualmeína*,
junto al paerón, y elante
de toito el mundo esquilando,
como ninguno lo jace,
con una máquina ingresa
¡ingresa! ¿y no se te cae
el betún, esgalichao,
so mal *calé*, so fulastre?—

Y de tal modo le irrita
la indignación que en él arde,
que da al viento las tijeras,
blasón de los de su clase
y su estirpe, y de tal modo
avanza, que nadie sabe

lo que allí ocurrido hubiera,
si el otro al mirar delante
las *cachas*, no hubiera dicho
lo que muchos, que más vale
un prudente por si acaso
que un quien pensara, y que nadie
que sea mozo y tenga *lacha*
puede ni debe faltarle
al respeto á ningún viejo,
con más años que la Salve,
y más nudos que un pinsapo,
y más flaco que un alambre.



EN EL PERCHEL

En su rostro, el *Cacathia*
llevaba la angustia impresa,
cuando penetró, convulso
de dolor, en la taberna,
y le gritó al tabernero
porraceando una mesa:

—*Cucurucho*, una tinaja
con tó el vino que le quepa;
á ver si ahogándome en vino
se ahogan en vino mis penas.

—¿Qué víbora te ha picao,
Cacathia, pa que quieras
un diluvio de *Montilla*?
Porque pa que tú en solera
te ahogues, se hace preciso
más caldo que dan las cepas;
con que á ver ese secreto.

—Si no son cosas secretas
las cosas que á mí me pasan;
si lo que á mí me destiempla
se puede decir á voces;
si lo que á mí me descuelga
el corazón de su sitio,
es que tengo á mi morena
tosiendo y con calentura,
y el médico que va á verla
me dice que se me muere;
ya ves tú, ¡morirse ella!
ella, un pasmo de bonita,
la más graciosa y más buena
de toítas las mujeres,
con diez y seis primaveras,
y morirse cuando tengo
ya casi la casa puesta
y en la mano los papeles;
cuando pasando carencias
y fumando los cigarros
por dambás puntas, y á fuerza
de gastarme los pulpejos
y de sudar tinta negra
de escribir, ya le he comprao
un sofá que es una prenda,
una camita de talla,
seis sillones y una mesa

de tocador, con su espejo
y su tablero de piedra,
y tó lo que me pedía
cuando de noche en la reja
hablábamos del casorio.

.....
¡Ay, *Cucurucho*, qué pena
tan grande si se me muere;
qué dolor mirarla muerta,
con los ojitos cerraos,
la cara como la cera,
con las manos cruzaitas
sobre el pecho, y entre ellas
un manojito de flores!
¡Ay, Dios santo! Si he de verla
asín, yo quiero morirme
y que me entierren con ella.—

Y descansando la frente
sobre la mano, dió suelta
al sollozo, y con acento
de hondas y rudas cadencias,
repitió:—Trae una tinaja
con tó el vino que le quepa,
á ver si ahogándome en vino
se ahogan en vino mis penas.

LA CASTAÑERA

Llegó ya el invierno
vestido de nieblas,
y vientos y lluvias;
llegó, y ya en mi puerta
coloca su hornillo,
su silla y su mesa,
y el farol que la alumbra, la alegre
gentil castañera.

Gitana es, gitana
graciosa y esbelta;
de raso parece
su cara morena;
son rojos sus labios,
sus labios que muestran
cual en ricos engarces de grana,
dos hilos de perlas.

Sus lánguidos ojos
parece que llenan
de luz cuanto miran;
luce en la guedeja,
sedosa y brillante,
flores y peinetas;
y en el cuello, un collar de abalorios
de múltiples vueltas.

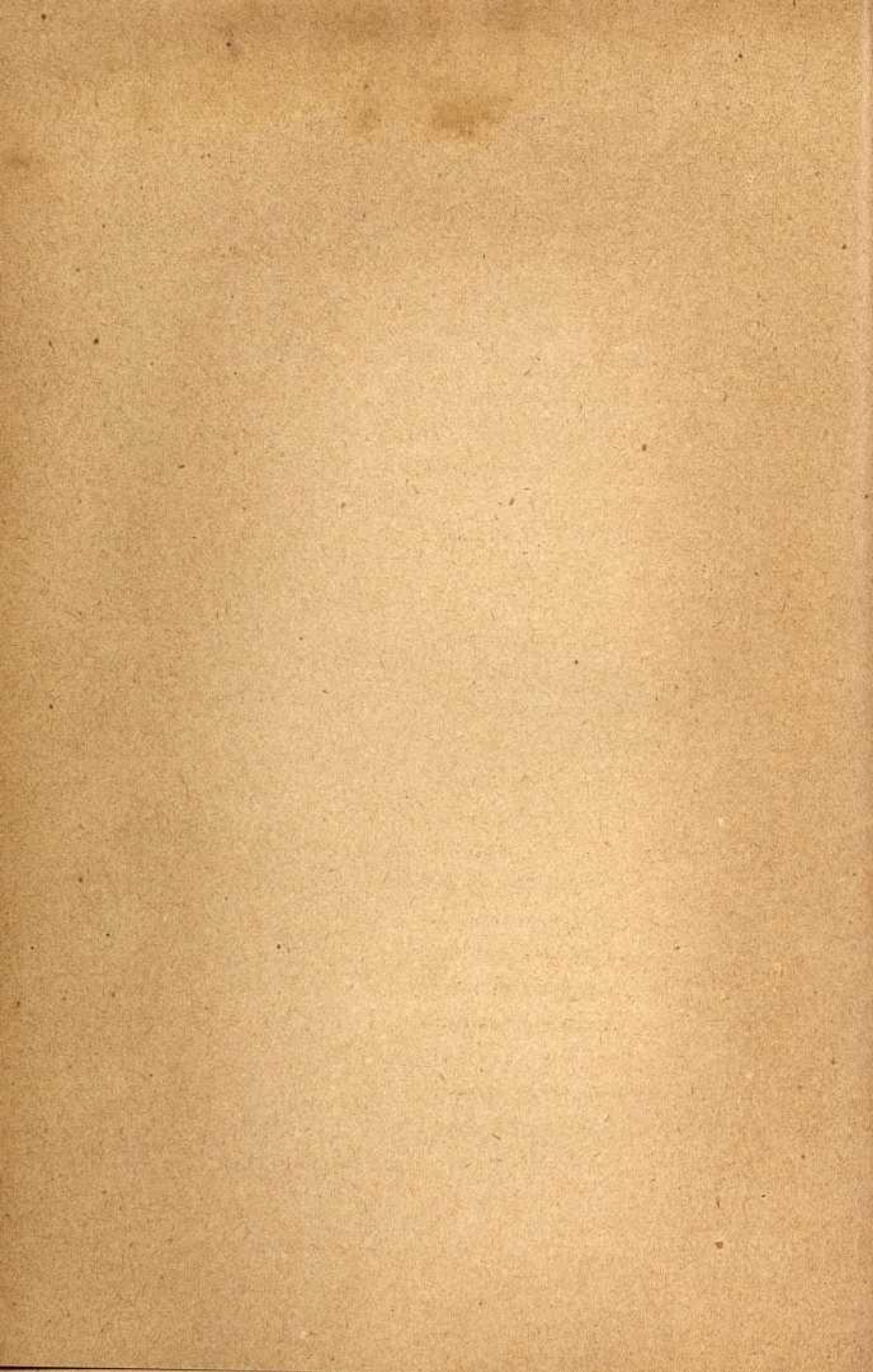
Grandes arracadas
luce en las orejas;
purpúreo pañuelo,
de crespón de seda
y flecos larguísimos,
su busto moldea,
su busto arrogante, en donde el que pasa
los ojos recrea.

De metal dorado
brillantes pulseras,
que ajorcas parecen,
ciñen sus muñecas;
y su limpia falda,
plegándose, deja
ver los pies, dos primores que encienden
la sangre en las venas.

Y lleno de orgullo,
de pié junto á ella,
está su gitano,
luciendo su enérgica
viril hermosura;
su hirsuta melena
y sus ojos ardientes, henchidos
de dulces promesas.

Allí está luciendo
la corta chaqueta,
pantalón de pana,
camisa entreabierta,
cordobés sombrero,
y al desgaire puesta
una faja celeste, su traje
gitano completa.

Gitano y gitana
se quieren de veras,
se quieren, y en vano
por tanto se esfuerzan,
cuantos ser un punto
los dueños quisieran
de la hermosa gitana que tiene
su puesto en mi puerta.



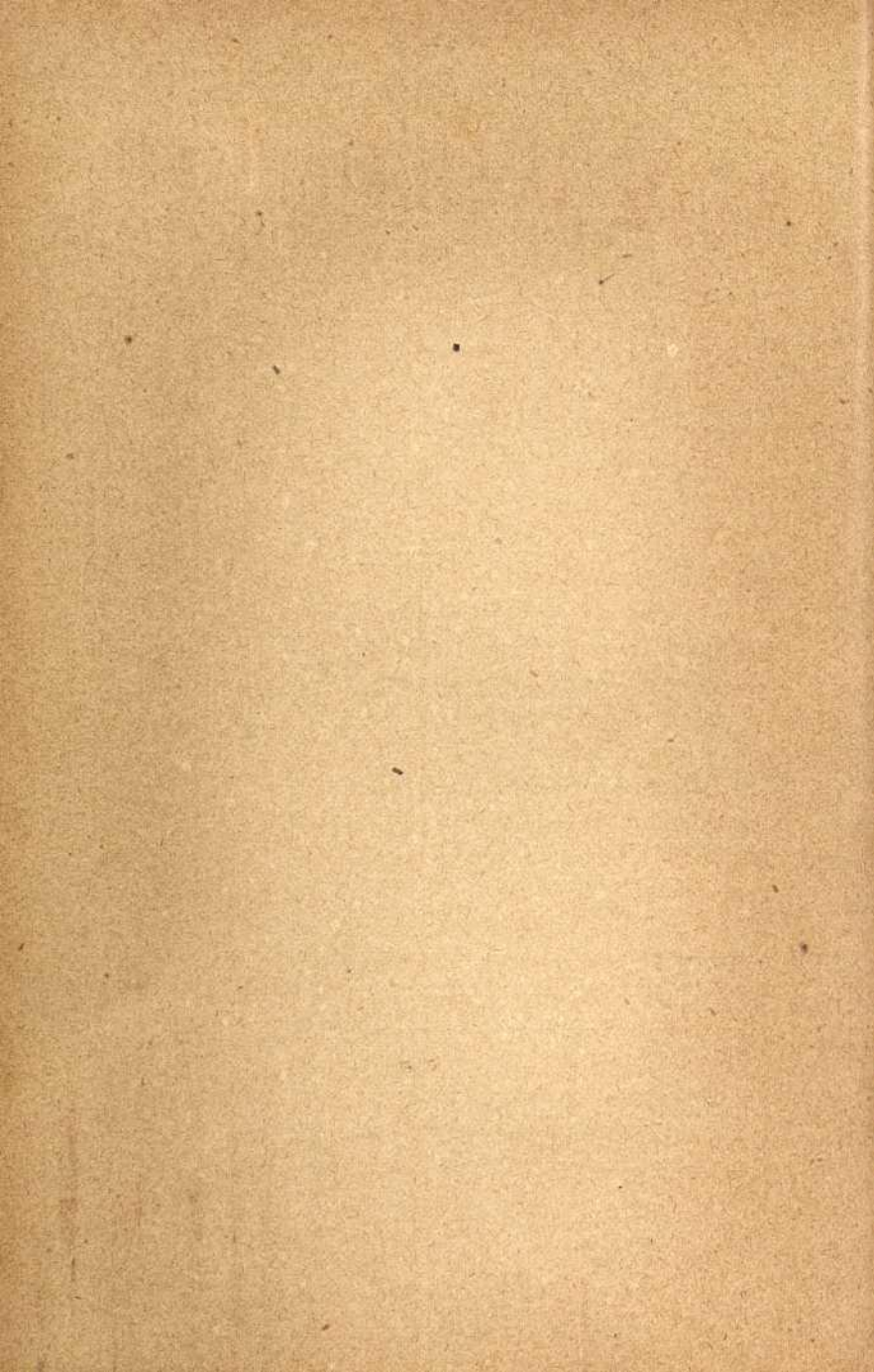
¡HIJO MÍO!

Yo pensaba que Dios colmado había
la copa del dolor, que era bastante
lo ya sufrido y que tu brazo amante
apoyo en mi vejez me prestaría.

Yo pensaba, mirándote, que un día,
cuando llegara mi postrer instante,
como último tributo mi semblante
de tu llanto el raudal inundaría.

Que en la ruda batalla en que prosigo
ya sin tí, no á romper iba la suerte
de modo tan cruel tan hondos lazos.

Mas ya tan sólo mi dolor mitigo
pensando que al morir volveré á verte
y á sentirte otra vez entre mis brazos.



TE VÍ

Te ví, mujer; ví tu frente,
ví tu luciente cabello
desbordar bajo las alas
amplísimas del sombrero.

Ví en luz ardiente bañado
el zafir, limpio y sereno,
de tus ojos, tan azules
cual son azules los cielos.

Ví tu tez de nieve y grana;
tus labios, en donde el beso
debe ser deleite y gloria
y fiebre y locura y vértigo.

Ví por el crugiente raso
contorneado tu seno,

que un desnudo parecía
de Fidias, en mármol negro.

Tus pies, entre remolinos
de encajes, pies tan pequeños
que jamás huellas dejaron
en las sendas que siguieron.

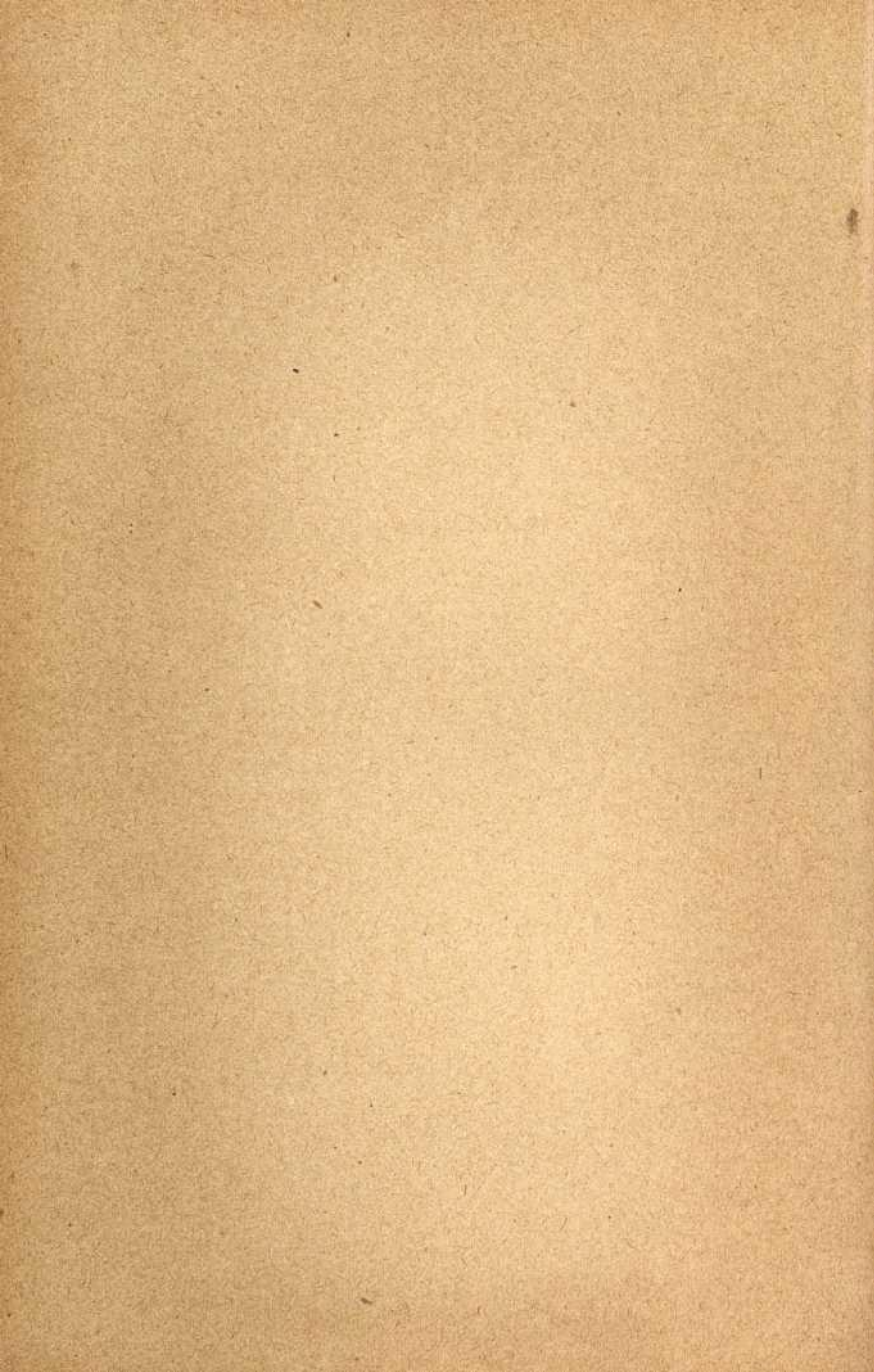
Y al mirar tanta belleza,
sentí lo que siempre siento
cuando la fiebre me abrasa
el corazón y el cerebro.

Sentí lo que siento siempre:
irresistibles deseos
de escalar todas las cumbres,
de hollar todos los senderos,

De apagar cuanto ilumina,
de romper todos los frenos,
de hundirme en todas las olas,
de entrar en todos los templos,

Y de arrojar de sus aras
todos los dioses, y lleno
de intensa melancolía
y profundo desaliento,

Me alejé, y es desde entonces
en mi alma tu recuerdo,
una flor en un peñasco
y una fuente en un desierto.



VEN

Ven á la Alhambra, ven, ven, y tu mano,
tu traje cortesano
transformará, bien mío, en un instante;
sartas de perlas ceñiré á tu cuello,
á tu obscuro cabello
del más nítido tul fino turbante.

De pérsicas urdimbres y de adornos
lucientes, los contornos
ceñiré de tu seno—ánfora bella
de rosa y alabastro—donde escancia
su lleno de fragancia
licor la tentación que anida en ella.

De púrpura oriental, túnica hermosa
velará de la diosa
las formas esplendentes y livianas,

tus hechizos que emergen sin errores,
aun más embriagadores
que el néctar de las vides jerezanas.

Tu planta calzaré de raso y oro,
de joyas un tesoro,
engazaré á tu espléndido ropaje,
y pondré en tus collares dos rubíes,
porque á tus carmesíes
labios rindan los dos pleito-homenaje.

Yo tu cuerpo ungiré con los aromas
que aspiran las palomas
en los bosques de Arabia, y del deseo
vibrar en tu garganta haré el sonido,
que, á la vez que gemido,
es blando arrullo y pasional gorjeo.

Yo del delirio la dorada escala
recorrer bajo el ala
de mi musa te haré; yo poco á poco
haré brotar de la ceniza el fuego
del amor, para luego
besarte, loca, y que me beses, loco.

Y en los más escondidos camarines,
sobre muelles cogines,

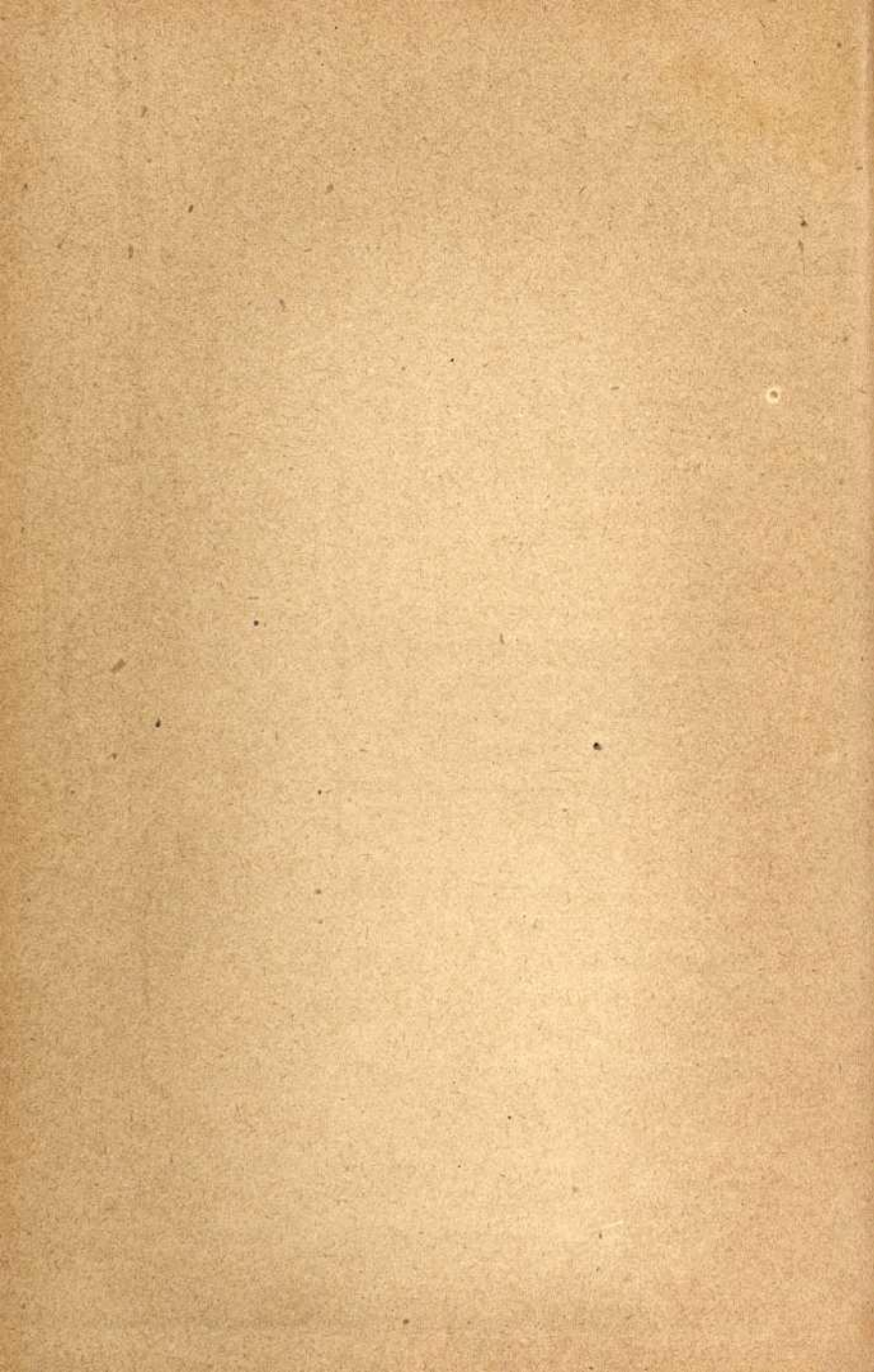
oirás mi canto, que tan sólo suena
si a suerte me besa ó me lastima;
que sólo en la honda sima
en a alta cumbre mi canción resuena.

Ven al alcázar para amar labrado,
donde el goce en dorado
cáliz se bebe y el dolor se esfuma;
ven, y en tu seno adormiré, bien mío,
mi insoportable hastío
y tú en mí la tristeza que te abruma.

Ven, y verás cómo el placer enerva
el pesar y conserva
á su conjuro su verdor la rama;
ven, que la fuente del amor se agota,
y con su última gota
por nuestros labios endulzar, nos llama.

.....

Dijo el poeta... Misteriosa y grata,
la tersa faz de plata
asomó de la luna entre el celaje,
y el alcázar brilló á sus resplandores
como un joyel de flores,
de luz y de cristal entre el ramaje.



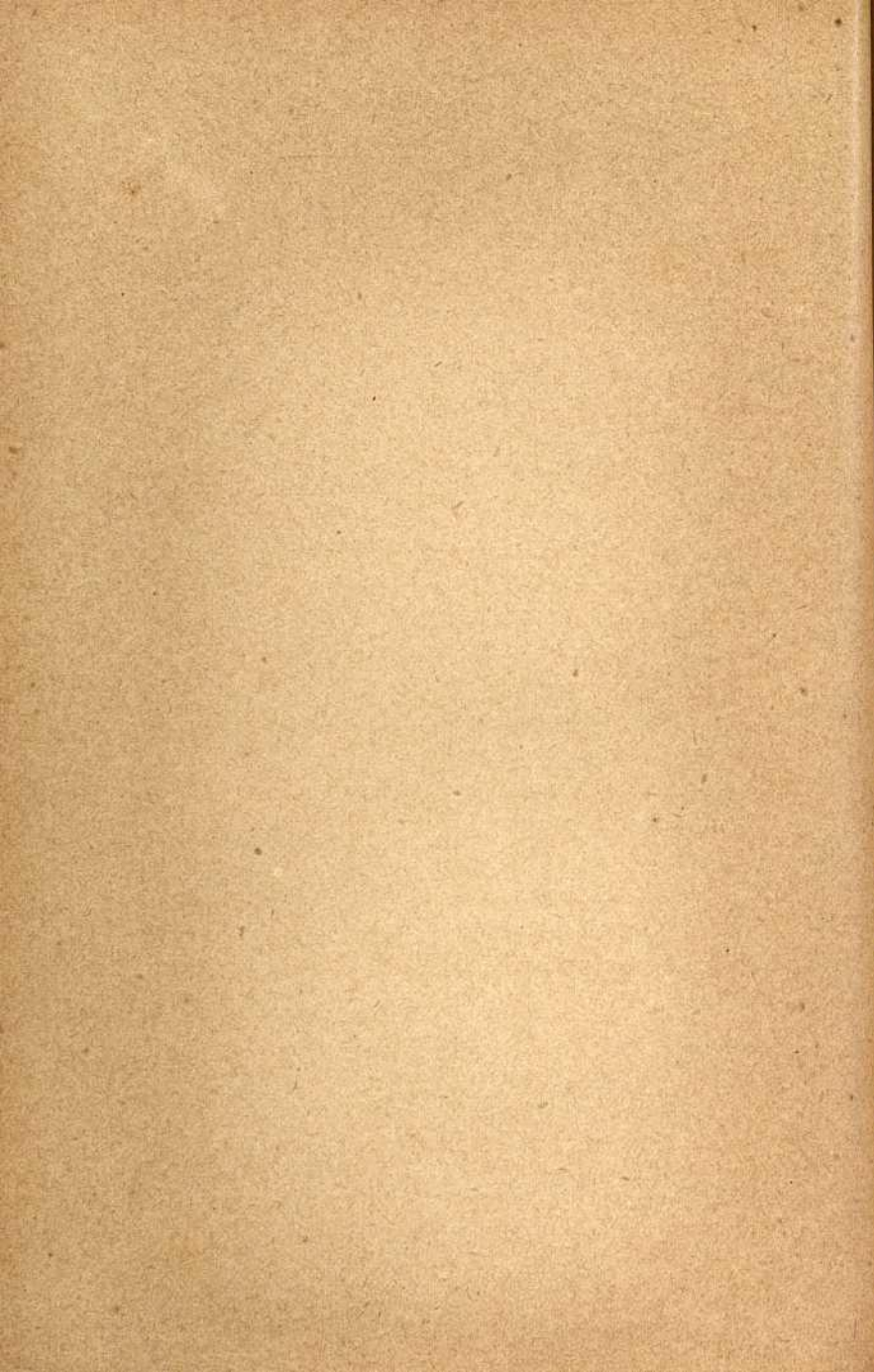
SONE I'O

¿Por qué me despertásteis cuando era
más dulce mi soñar? ¿Cuando el sediento
sus labios á posar iba un momento
en el raudal en que beber no espera!

¿Cuando iba vencedor, por vez primera,
á respirar el abrasado aliento
del sol que me ilumina el pensamiento
y, al par, el corazón y el alma entera!

¿Cuando dueño iba á ser de sus hechizos;
cuando su boca y sus fragantes rizos
besando, de placer desfallecía!...

Dejadme, á ver si mi soñar recobro;
dejadme por piedad, á ver si logro
que, aunque en sueños no más, ¡llegue á ser mía!



EN MI BARRIO

Es Pepa la *Zaragata*
por lo bonita un hechizo,
y la hembra más graciosa
del barrio de *Capuchinos*;
son sus ojos dos luceros,
como su pelo, negrísimos,
la tez morena y suave
como un bronce florentino,
el perfil agitanado,
las manos son dos prodigios
como sus pies, y es su cuerpo,
á pesar de lo chiquito,
la mar por lo bien formado
y por lo bien repartido.

—
Y si Pepa es un disloque,
es el *Zocato* un mocito
más grande que la *Alcazaba*;

un mozo juncal y vivo
del color de la caoba;
un buen mozo, que lo mismo
se canta unas peteneras,
que como el más compasivo
le hace la mar de favores
á cualquiera, y si es preciso
lo manda, como si fuese
con un recado urgentísimo,
á que le zurzan lo roto
los forenses del distrito.

—

Y vió Juan á Pepa un día,
dejó escapar un suspiro
que sonó como una salva,
y trémulo y conmovido
dijo, encorvándose, á Pepa:
—¿Quiere usted darme permiso,
salero, pa que le cante
yo á usted lo que un pajarito
que yo tengo á mí me canta?

—

Y mirándolo al oirlo
Pepa, y en tono de zumba
y desdeñoso le dijo:
—Baje usted unos escalones,

que está usted en un cuarto piso
lo menos.

—Bajo al instante.

—Y si no yo daré un brinco,
ó le pediré al de *Roma*
el ascensor.

—No es preciso,
porque yo, por complacerla,
si soy negro, me destiño,
si guasón, me pongo en cura,
si cataplasma, me avivo;
que por gustarle á esos ojos
tan graciosos, tan bonitos,
tan charraes, tan renegros,
tan...

—Tarantán, tan divinos,
¿no es así?

—¡Precisamente!

—Pus eso ya me lo han dicho
la mar de gentes, buen mozo.

—Bueno, pues yo lo repito,
y oiga usted, ¿cómo se llama
usted, si quiere decirlo?

—¿Es que va usted á confirmarme?

—Puede ser, ¡de menos nos hizo
el Señor! ¿Conque se puede
saber?



—Hombre, si es capricho
sí, señor, me llamo Pepa.

—¡Qué nombre tan rebonito,
y tan!...

—Tarantán, ¡qué pelmazo!
—¿Y usted de dónde ha venido
con esa cara?

—Del Congo;
donde no nos dan suplicio
los hombres grandes y grandes
y grandes.

—¿Eso lo ha dicho
usted por mí, doña Mala,
ó por la torre del *Tiro*?

—¿Por usted? ¡Quite usted, hombre,
quite usted allá, por el Pico
del Tenerife!

—¡Conforme!
pero si yo á usted le pido
un favor, ¿usted va á hacérmelo?
—Hombre, aunque yo no me estilo,
si es cantarle unas serranas
y usted se empeña, pos, hijo,
se las cantaré.

—No es eso;
pos lo que yo necesito
de usted, es que usted á mí me quiera,

como yo á usté, con delirio,
y que de tanto quererme
le salga á usté sarpullío
y colorín colorao.

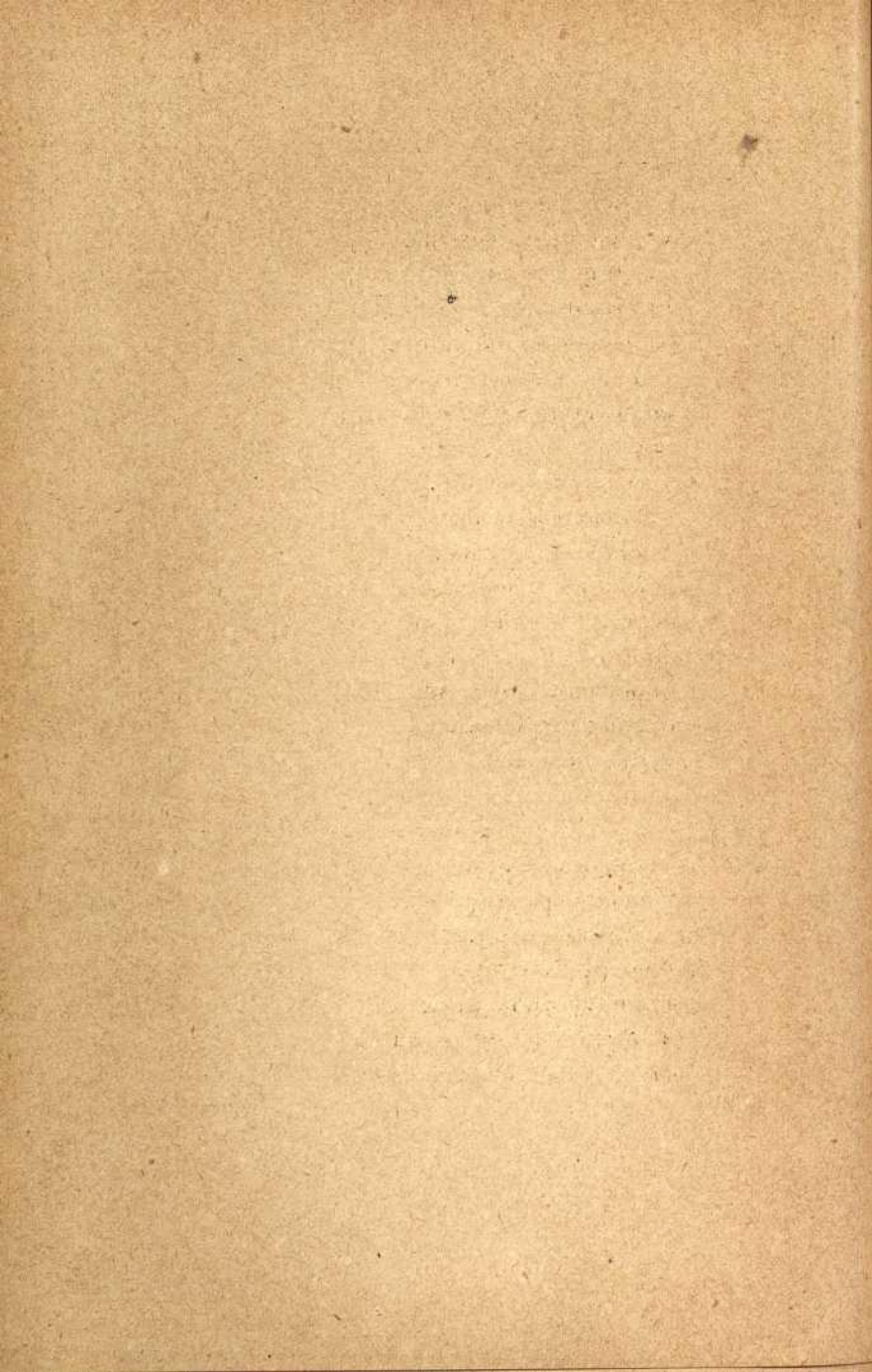
— Conque usté quiere que el tino
yo pierda por su persona.

Vamos, hombre, ya está visto
que está usté malo, mu malo,
pero que mú remalito.

— ¡No tenga usté mala sangre
y tómeme usté cariñol

— Vaya, adiós y que se alivie
usté, que yo ya no vivo
en la calle en que vivía,
y ahora yo tengo en mi nido
un pájaro que me canta,
un pájaro con el pico
de oro y de miel.

Y volviéndole
las espaldas de improviso,
de hablar cansada, al *Zocato*,
se alejó con paso rítmico
y gallardo contoneo,
como un corzo fugitivo,
la hembra más regraciosa
del barrio de *Capuchinos*.



EN LA SIERRA

Allá va en su yegua pía,
allá va fruncido el ceño
y sombría la mirada
el *Niño de los Almendros*.
Luce en la cabalgadura
manta de encarnados flecos,
albardón con madroñeras,
color de sangre el mosquero,
la cincha y la baticola
de cien matices, al viento
flotando las sueltas crines
del siempre enarcado cuello
y del arzón suspendido
un retaco, que hace fuego
sólo si el caso es urgente,
según afirma su dueño.

Luce el jinete lujoso
marsellés de terciopelo
con los caireles de plata;
bajo el típico sombrero
andaluz, sobre la nuca
atado, rico pañuelo;
de pana azul los calzones,
las polainas de becerro;
el camisón de batista,
con más bordados que un lecho
nupcial en la cobertura;
fuertes zapatos de cuero
y asomando por encima
de la faja, que hasta el pecho
le sube, la empuñadura
de su bien templado acero.

—

Y llega el *Niño* á una venta
que domina desde un cerro
todo el valle, y sorprendido
al contemplarle, el ventero
le dice.

—¿Quién mal te quiere
que por éstos vericuetos
te manda?

—Pos mala ó buena,
mi fortuna, que me ha vuelto
la espalda; que me ha escupío
de la ermita donde tengo
toítas mis devociones,
y la copa donde quiero
beber el agüita dulce
de la fuente conque sueño.
—Pos apéate y descansa
y refréscate un momento.



Siéntase el *Niño* á la puerta
sobre algunos haces secos
de retama, bajo el toldo
del verde parral, y el viejo,
después de amarrar la yegua
á un poste, con bronco acento,
sentándose frente al otro
sobre un corte del terreno,
le pregunta:

—¿Y qué le pasa
á un hombre de cuerpo entero
y con retanto sentío?
—¡Qué ha de sucederme, abuelo!
que tocó una mala lengua

á rebato, y yo al saberlo
toqué á difuntos.

— ¡Sin dúa
habría jarapos por medio!
— Sí, señor, que hubo jarapos;
jarapos hubo, y por ellos
se me apagó de repente
la luz del entendimiento
y ya sin luz, eché manos,
al topar al *Zurdo*, al jierro,
y arrempujé con toa el alma,
y yo no sé, mas lo cierto
es que se me fué la ira
y que el *Zurdo* está más tieso
que un pitón en el barranco
del *Tomillar*.

— Pos lo siento,
porque el *Zurdo*, mejorándote,
era un mozo mu completo,
si algo desnúo por fuera
mu bien vestío por dentro.
¿Y quién es ella?

— Una rosa,
un serafín, un portento,
la *Rubia*, la del cortijo
de *Morón*.

— ¡Ya la recuerdo!

¡Buena jembra!

—¿Buena jembra?

¡Más bonita que un lucero!
con dos estrellas por ojos,
con una mata de pelo
que le troncha la cabeza,
una cantera por pecho,
la boca, flor de granao
con jálito de romero,
y además, y en toito ella
algo más dulce y más bueno
que la miel de los panales.
—Y qué, ¿el otro tu aguaero
te rondaba?

—Sí, agüelito;
y al ver que en el monte, orégano
pa él no había, pos dió el hombre
en decir que mi palmero
ya no tenía sus palmas,
y es natural, yo al saberlo
he teñío con su sangre
el mejor de mis pañuelos,
pá que el día de mi boda
se adorne con él su cuello
mi *Rubia*.

—¡No es mal adorno
manque el color no es mu nuevo!

¡Siempre serán las mujeres
nuestra perdición y nuestro
sin vivir! ¿Y tú qué piensas
ahora jacer?

—¡Ya veremos!

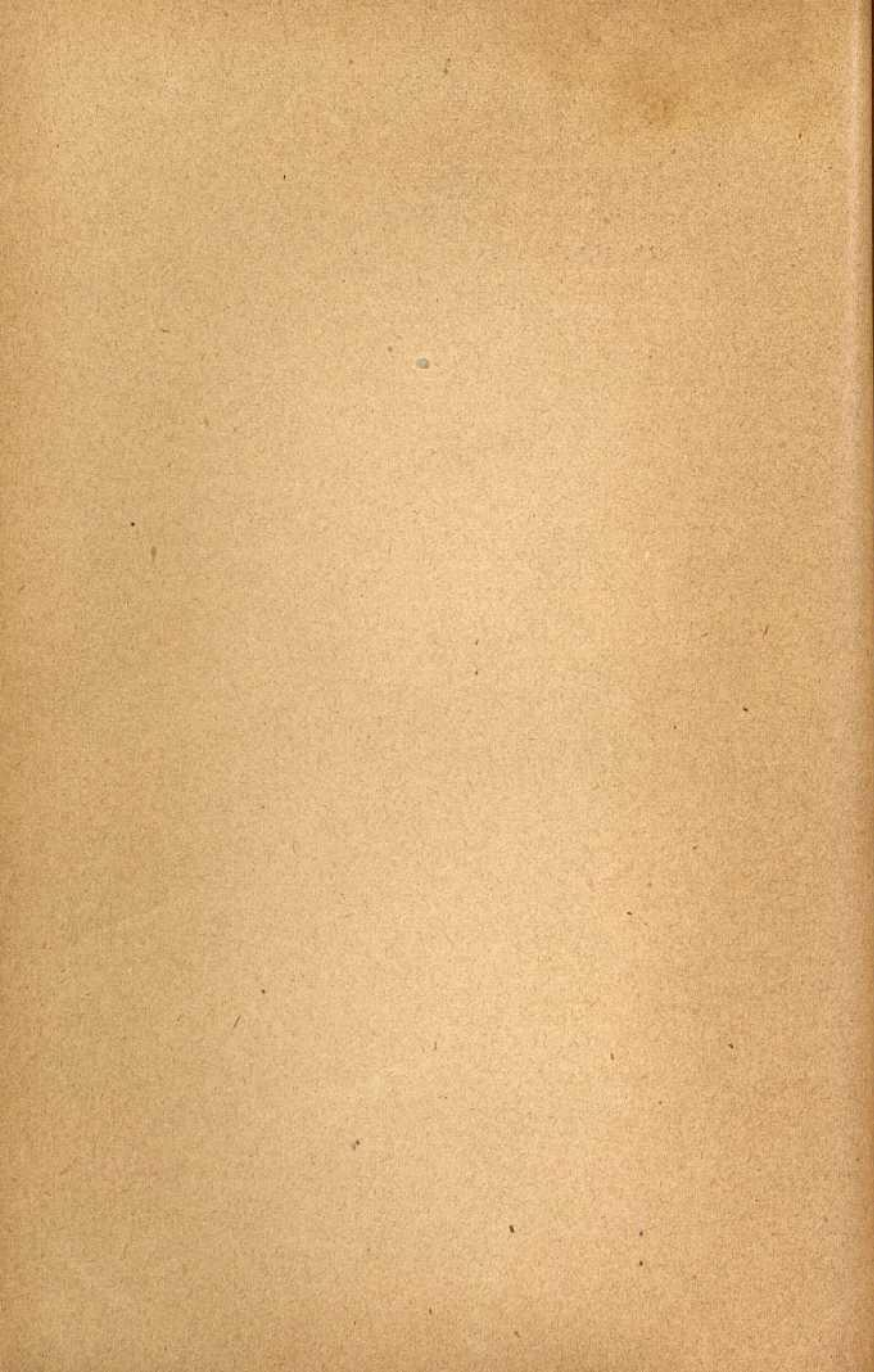
La tierra da muchos tumbos
y yo no soy manco, y tengo
lo que les sobra á los hombres
que lo son y saben serlo,
y una yegua que es un águila,
y un retaco y mucho miedo
á que no me dé el relente
en la cara.



A los reflejos
de la luna, algunas horas
más tarde, monta en silencio
el *Niño* en su yegua pía,
la mano estrecha al ventero
y se aleja, mientras éste
entra en la venta al perderlo
de vista por los pinares
cantando con bronco acento.

—

Te ofendió, y le dí la muerte;
y cien veces lo matara
si pa de nuevo ofenderte
otras cien resucitara.



* * *

—Niña, ese paso más corto
y esos andares más vivos,—
exclamé Juan *el Barriles*,
al toparse en el camino
con Pepa, la cual, parándose,
le repuso:

—Pos de fijo
que no cena usted esta noche,
y ni se queda dormido
cavilando en mis andares.
—¡Es muy posible, castigo!
—Pues tome usted adormideras.
—Calle usted, si se ha perdido
la cosecha, según dicen.
—Pues que le den á usted un tiro
que sólo le toque al pelo.
—Si el que yo llevo es postizo;

si es un bisoñé, gitana;
si usted quiere me lo quito
y lo ve.

—¡Qué novedades!

Si dicen que en usted, hijo,
todo es Judas Iscariote,
desde el pelo hasta el anillo
que lleva usted en la corbata.

—¡Dios nos libre de un testigo
falso y de una mala lengua!
Pepa, en mí todo es legítimo:
el terno, de lana durce,
de oro de ley el cintillo,
y el corazón de...

—Pamplinas

pa canarios y pa mistos
de canarios.

—Vaya, niña,
menos de eso.

—Más le digo.

—Pues váyase usted, que es tarde,
y no quiero yo que el tío
de los currucos de almendra
se entere, y cierre conmigo
á currucazos.

—De menos
nos hizo Dios, que nos hizo

de una chispilla de polvo.

—Pues por eso yo le digo
que dé suelta á los *pinreles*,
y se vaya á su cortijo
á cuidar de su alcornoque.

—¿De mi qué?

—De lo que he dicho.

¿Y ustedé qué va hacer, buen mozo?

—Pues yo dirme á *Martiricos*
á llorar.

—No haga ustedé eso
que se va á salir el río
de madre.

—Vaya, y de padre
y de su tita y su tito
y de sus primos hermanos.

—¿Y si se sale?

—Me tiro
en él de cabeza. ¡Y vaya
si se acabó mi martirio!

—Oiga ustedé, ¿y va ustedé á tirarse
con el bisoné y vestido?

—Con el bisoné y el terno
de lana durce.

—¡Qué frío
va ustedé á pasar!

—Cá, lucero:

en cuanto yo esté metido
en el agua, jierve el agua,
porque yo llevo conmigo
más calor que hace en el moro.
— ¡Ay, cuánto calor, Dios mío!
— Es que tengo calentura,
y el corazón hecho cisco
de pasar *ducas* de muerte
por un verdugo.

— ¡De fijo
que eso será por Dolores
la *Quinquillera*!

— Usté ha oído
campana y no sabe dónde.

— ¡Vaya si lo sé, si escrito
me lo ha dado una gitana!
¡si yo no estoy en el limbo
ni en Belén; si yo he dejado
ya el biberón hace un siglo!

— ¡O,é, mi Matusalena!

— Si á mí me sobra sentío;
si más que algunos despiertos
saben algunos dormidos;
si yo conozco las cesas;
si yo he visto lo que he visto,
y sé que es usté un *pelmazo*
con mucha miel en el pico

y muchos entornamientos
en el párpado, y muchísimo
simbel pá cazar alondras,
y que es usted más malito
que un cólico miserere,
y además, lo que usted ha sido
y lo que ha de ser mañana.

—¿Mañana? Como es domingo
y no trabajo, apenas
el sol alumbra, me visto
de pontifical, le saco
á mi faca punta y filo,
y me voy á su ventana,
y me llevo en el bolsillo
la merienda, por si acaso,
y de allí no me retiro
hasta que los dos hablemos.

—No, ¡por Dios! Excelentísimo
señor don Juan *el Barriles*,
que va á ocurrir un conflicto,
¡pudiera usted constiparse!

—Cá, si yo no me constipo.

—¿Y si Dolores se entera?

—Que se entere hasta el obispo
de la diócesis, salero.

No me aparta de aquel sitio
ni la *yunta de las ánimas*.

—Menos.

—Más.

—Menos le digo.

—Pos veremos.

—Pos veremos.

—Adiós, don Juan.

—Adiós, ídolo.

Y ese pasito más corto,
y esos andares más vivos.

PENAS HONDAS

Despacio, despacio
llegó al cementerio;
todo era allí calma,
tristeza y silencio;
llenaba la tarde
la tierra y el cielo
de luz melancólica,
y apenas si el céfiro
agitaba los sauces que brindan
su sombra á los muertos.

Despacio, despacio,
cual rendido al peso
de tantas angustias
y tantos recuerdos

como le vestían
el alma de negro,
por entre cipreses
y entre mausoleos
llegó al patio de zanzas, altares
de flores cubiertos.

Delante de una
detúvose trémulo,
y anegado en lágrimas,
besóla en silencio,
postróse de hinojos,
quitóse el sombrero,
y dijo con rudo
tristísimo acento:
¡Ay, mi prenda gitana, qué *ducas*
qué *ducas* que tengo!

¡Qué *ducas* tan grandes
saber que ya es menos
que *ná* tu *presona*,
tus ojos, luceros,
tus labios, claveles,
tu mata de pelo
más negra entoavía

que el ala del cuervo,
y tus manos y pies, más rechicos
que flores de almendro!

¡Sin tí ya, mi niña,
qué solo me encuentro!
Sin tí ya, las noches
las paso sin sueño,
sin sueño, y llorando
mi pena y pidiendo
a Dios, que contigo
me traiga al momento,
contigo pa siempre, ¡reliquia de plata,
rosita del huerto!

¡De estarme contigo,
qué ganas que tengo!
de estarme á tu vera,
mú junto á tu cuerpo,
teniéndote siempre
como en otros tiempos,
carne de mis carnes,
huesos de mis huesos,
¡la carita morena y graciosa
¡artica de besos!

Dijo, y lentamente,
con paso muy lento,
el triste alejóse...
y á poco el silencio
turbó la campana,
y en el cementerio,
á poco la luna
vestía de reflejos
argentados, los sauces que brindan
su sombra á los muertos.

EN LA TABERNA

¿Qué tienen Juan el *Moreno*
y Antónico el *Calicata*,
que ya no juegan al *dómino*
ni á los bolos ni á las cartas,
y si en la calle se encuentran
ni se miran ni se hablan?

Una tarde, el *Campechano*
conocer quiso las causas
de aquel estado de cosas;
era una tarde que estaba
Antónico en la taberna
del *Ecijano*, de charla
con dos *chatos* de Montilla.
La taberna, por lo larga
y por lo estrecha, es un túnel
y por lo sucia una cuadra;
con el techo decorado

por enormes telarañas,
renegridas las paredes,
todas las mesas lisiadas,
y del túnel en el fondo,
apenas si se destaca
el mostrador, donde lucen
las más sabrosas viandas,
de Escocia el *jamón* más rico,
aceitunas sevillanas
y ensaladillas de anchoas
y boquerones de Málaga.

Poca gente en la taberna
había cuando su entrada
hizo en ella el *Campechano*,
echado sobre la cara
el sombrero, airosamente
arrebujado en la capa,
y andando como por música,
y al hallar al *Calicata*,
llegóse lento á su mesa
y le dijo:

— Tenía ganas
de echar te la vista encima
y de hacer en tu compañía
un trasiego.

—Pues andandõ
que para tí gloria santa
tengo yo.

—Dios te lo pague,
que eres la flor y la nata
y la espuma de los hombres.

—

Y cuando ya la garganta
hubo más que humedecido,
broma toma, broma daca,
empezó á tentar el vado;
pero Antonio, una mirada
con más punta que un florete
y más filo que una daga
clavó en su amigo, diciéndole
con voz temblorosa:

—Basta;
basta ya de hacer primores,
que hay cosas que no se cantar;
deja ya la mula quieta
y no le *jurgues* las nalgas,
que respinga.

El *Campechano*
quedóse como una estatua,
y después:

—Pues, punto,—dijo,—
pero, la verdad, es lástima

que dós mozos tan cabales,
los más mejores de España,
se miran como se miran
ustedes.

—¡Cosas que pasan!
mas deja el chambel ya quieto,
que se va enturbiando el agua;
que cuando hablo de esas cosas,
se me seca la garganta
y me alargo de estatura.

—Ya callé si tú lo mandas;
pero yo, Antonio, te juro
por los ojos de mi cara,
que duele y tira bocaos
que por custiones de faldas
se disjusten dos amigos
como eran ustedes.

—Vaya,
cierra el pico, tú no sabes,
Campechano, lo que pasa
y si yo te lo contase...
¡Vamos, hombre!

—Vamos, habla,
que me tienes en capilla,
y cualquiera una hora mala
la tiene, y cosas *mu* grandes
cuando se rompen se apañan;

los navíos se carenan
y las torres se apuntalan,
y para un roto un *zurcio*
y para un tiesto una laña.
—Sí, pero también hay cosas
que es lo mejor no tocarlas.
—Pues el *Moreno* te estima,
y como te estima, anda
desazonado y le saben
mal las guindas.

—Mal se casan
con las perritas arciones
del *Moreno* tus palabras.

—¿Perritas?

—¡Más que perritas!
Suponte tú, que tú guardas
en el rincón más *rejondo*
de lo *rejondo* del alma,
la sombra que te cobija,
el silguero que te canta
y la flor que te perfuma
y la mano que te halaga;
la que es en fin tu consuelo
y tu pañito de lágrimas;
suponte tú toito eso,
y después, que una mañana
á uno, tu amigo más íntimo,

al que contigo trabaja
y contigo se divierte
y contigo muere ó mata,
á uno que es casi tu hermano,
le dejas libre la entrada
de la cueva donde tienes
la rosa que te *embarsama*,
y él al mirar tu tesoro
se le queman las pestañas,
y se *orvía* de quien eres,
y pillándote de espalda
te quiere quitar lo tuyo,
la sangre de tus entrañas,
tu *gachí*, pongo por caso.
—Mira, mira, *Calicata*,
ni en broma; sólo al oírte,
no sé cómo, la navaja
se ha abierto sola. Al que hace
esas cosas se le mata,
se le da jierro de punta
tan y mientras quede faca
en la mano, y ya no hablemos,
ya está la cosa más clara
que el mismo sol que reluce;
y si por mi lado pasa
ese charrán traicionero,
yo te juro que se aparta

de mi vera ó que le pongo
los *dátiles* en la cara.

—¿Y pa qué vas tú á meterte
en eso con una estampa,
si yo, casi de rodillas,
le pedí que peleara!

Mas como si se lo hubiera
pedío á un cromo de casa
de *Morganti*, que no quiso
chocar el *jierro*, y la rabia
me tiene el corazón lleno
de escorpiones y tarántulas.

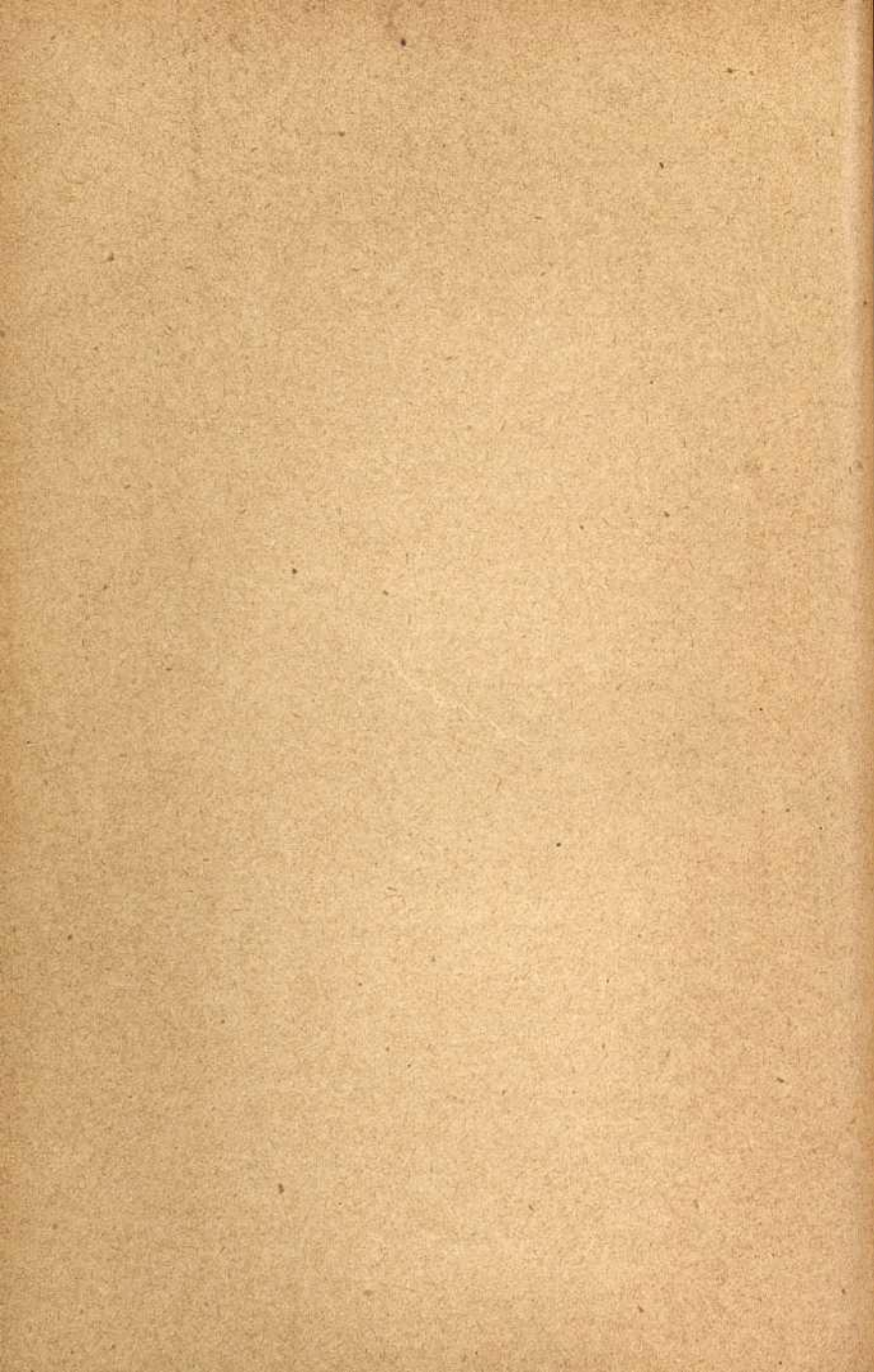
—Y ¿quién te dió la noticia
de ese *chapú*?

—Una gitana
que hace unos días me dijo
la buenaventura.

—¡Basta!
por tí y por ella esta copa
y un botaco.

—Muchas gracias.

Y ya la copa bebida
pidieron una baraja,
para olvidar en el juego
las mil cositas amargas
que nos da á beber la vida,
no en copas, sino en tinajas.



LO DE SIEMPRE

Ni el más pálido celaje
empaña el azul del cielo;
es esa hora en que todo,
en estío, bajo el fuego
del sol andaluz, dormita
y todo fulgura espléndido.

Deja Juana la costura
y desencorva su cuerpo;
se aparta con ambas manos
de las sienes los cabellos,
aún más negros que son negras
las negras alas del cuervo,
y levantándose airosa,
con lánguido movimiento,
asoma su faz divina
al balcón; ¡cuadro más lleno

de luz no he visto en mi vida,
y si lo ví no me acuerdol!

En el balcón boleado,
que más que balcón es templo
á Flora, toda la escala,
desde el color más intenso
al más pálido y suave,
brilla en el rico ornamento
de flores que lo embellece
y lo perfuma: el dompedro
y la rosa purpurina;
el clavel, amante regio
cantado por el poeta;
el jazmín, fragante y terso,
vencido rival del nardo;
la albahaca, verde incienso
del hogar de los humildes;
el precioso pensamiento,
que luce de oro esmaltadas
las hojas de terciopelo,
y cien más, todas prendidas
por el Divino joyero,
cual entre ricos encajes
de esmeraldas; y en el centro,
Juana, la de tez suave
y de ojos grandes y negros,

de nariz recta y flexible,
y boca que es un secreto
de marfil y de corales;
altísimo y firme el seno;
el talie, tan reducido,
que amaga partir el cuerpo;
alta, gentil, esplendente,
en gracioso desarreglo;
al desgaire colocado
en los hombros un pañuelo
de seda grana, y vestida
con una bata que el tiempo
hostiliza y decolora,
y entre los rizos del pelo
una flor que ya ha perdido
sus arrogancias en ellos.

—¡Cuánto tarda, cuánto tarda!
Juana, con rítmico acento,
murmura; mas pronto brilla
en sus ojos un destello
de placer y el busto arquea
rápida sobre los hierros,
tronchando ramas y flores.

Con airoso contoneo,
desemboca por la esquina

el mozo más pinturero
del barrio, el más arrogante,
el más bizarro y completo,
y al llegar cerca de Juana
se quita el mozo el sombrero,
y con voz que es un arrullo,
y una caricia, y un ruego,
le dice:

—Una limosnita
deme usted, que yo no tengo
ya quien me ampare en el mundo.

—Yo estoy muy mal de dineros,
hermanito; la *Alcazaba*
no me da rentas, ni el perro
de San Roque, y vivo sólo
del terral.

—Si yo no quiero
más que una flor, la que tiene
usted prendida en el pelo,
y cuando venga esta noche,
que usted se asome corriendo
y oiga lo que yo la diga,
y me diga usted que bueno,
para que desde esta noche
el traje me venga estrecho,
y me nazcan alelías

en el corazón, y en sueños
me besen los angelitos.

—Me parecen muchos besos
y mucho el que yo me asome.

—Asómese usted, que tengo
llorando gotas de sangre
el corazón en el pecho.

Deme usted lo que le pido

—Más tarde.

—¿Cuándo?

—Pues luego,

cuando vuelva y yo me asome,
si es que me asomo.

—Me pego

un mal tiro en mala parte
si no.

—Por Dios, caballero,
no me dé usted tan mal rato,
porque si usted hiciera eso,
¿qué iba á ser de mí en el mundo?
Mas póngase usted el sombrero,
que va á darle un tabardillo.

—Yo siempre estoy descubierto
delante de la Pastora.

—Muchas gracias.

—¿Conque vuelvo?

—Vuelva usted, si ese es su gusto.

—¡Pues no lo ha de ser, salero!
Puede usted, si no volviera,
jurar que Antonio se ha muerto
del gusto de haber hablado
con la Reina de los cielos.

Y cual si bañado fuese
en sol por fuera y por dentro,
se aleja con faz risueña
el mozo más pinturero
del barrio, el más arrogante,
el más bizarro y completo.

LA VENDIMIA

Llegó ya el estío;
ya el campo se llena
de luz y perfumes
y dulces cadencias
y fúlgidos tonos;
ya, verdes y espléndidas,
de pámpanos cubren
los montes las cepas;
ya Baco, sediento,
levanta en la diestra
la copa en que ardiente
desbórdase el néctar.

—
Ya brilla el racimo
cual rica presea;
ya cruzan alegres

del monte las sendas
los vendimiadores,
sobre la cabeza
los repletos cuévanos;
ya á la luz postrera
del sol, de las cumbres
descienden; ya llevan
al rústico asilo
las áureas ofrendas,
que en dulce tributo
nos rinde la tierra;
ya bajan cantando
del monte; ya empiezan
las tardes azules,
las noches serenas.



Mirad; ya la uva
se encoge y se pliega
sobre los paseros
al sol, en la arena;
ya cuando en el éter
reluce la estrella,
los vendimiadores,
en plácidas fiestas,
al son de los crótalos,

y al son de las tiernas
moriscas guitarras,
os ámbitos pueblan
de andaluces cánticos,
y al par, en parejas
las mozas y mozos
bailando, celebran
la alegre vendimia,
la dulce cosecha.



Cambió el escenario;
cambió ya la escena;
cambió, y ved ahora
la linda faenera;
sus ojos de antílope
su cara morena,
sus labios de grana,
su oscura guedeja,
de lazos y flores
orlada; su apuesta
figura, su talle
que ondula y cimbrea;
vistoso pañuelo
su busto modela,
su busto arrogante

de estatua soberbia,
y el limpio vestido
casi ver no deja
su pie, que un gracioso
juguete semeja.

Miradla adornando
con cintas de seda
los negros y dulces
racimos, que encierra
después en las cajas,
en *lechos*, que ostentan
dorados encajes
y finas viñetas.



Ya á playas remotas
las naves se llevan
los negros racimos...
ya mustias se quedan
las viñas del monte;
ya en él no resuenan
moriscas guitarras,
ni repiquetean

resonantes crótalos;
ya el aire no llenan
amantes canciones,
ni alegres parejas
de mozas y mozos,
bailando celebran
la alegre vendimia;
ya raudas se alejan
las tardes azules
las noches serenas.

EN LA REJA

En un jardín convertida
estaba siempre la reja;
entretejía en los hierros
sus brazos la enredadera;
perfumaban el ambiente,
tibio y puro, las macetas,
coronadas de jazmines,
de claveles y diamelas,
y en ella aguardaba á Pedro
Antonia la *Pinturera*.

¿Que quién es Antonia? Un pasmo,
una inmensidad, la hembra
de más *postín* y *tronío*
del barrio de la *Goleta*.
Sus labios son clavellinas,
sus ojos astros semejan,
sus dientes—todos iguales—

dos ricas sartas de perlas,
el cutis de raso, el pelo
aun más negro que la negra
madre de la negra endrina;
más duro que una cantera
de mármol el alto seno;
el talle un torzal de seda,
y los pies dos mariposas,
las manos dos azucenas,
y su voz..... según la gente,
para hablar tiene en la lengua
una alondra, que le canta
cuanto dice, prisionera.

¿Que cómo estaba vestida?
con una falda que era
una delación ardiente
de sus formas, una estrecha
y elegante chaquetilla
encarnada, de franela,
un delantal de batista,
y en la enorme cabellera,
peinada en un coco griego,
dos rosas y una peineta.

¿Que quién es Pedro? La cúspide,
el pararrayos, la cresta,

en fin, el sumo pontífice
de la gente macarena;
el más garboso en paseo,
el más bravo en la pelea,
el más duro en el trabajo,
el más parco en la taberna,
el más cruzado de alas
y el que tiene en la cabeza
más cosas claras metidas:
y aunque en su cara no ostenta
los hechizos que en su Apolo
puso el griego, tiene en ella
la mar de sal, y sus ojos
son dos fiebres tifoideas.

Vestía elegantemente,
según las modas impuestas
en el *Perchel*, que es el barrio
más típico de mi tierra:
pavero gris de amplias alas,
holgadísima chaqueta
obscura, pantalón ancho
á lo largo de la pierna
y ajustado en la caída
y ceñido en la cadera;
blanco camión, y al cuello,
puesto de cualquier manera,

de un color rojo subido,
rico pañuelo de seda.

Y por fin, el que aguardaba
Antonia llegó á la reja,
y murmuró con acento
tan blando, que fué una tierna
y dulcísima caricia
rimada:

—¡Viva la prenda
que yo más quiero en el mundo!
La más graciosa, la reina
de las mujeres con ángel.
Gracias á Dios que me deja
que yo le cante de nuevo
mi querer.

—¡Lástima fueral
¡Pues chiquita es la fortuna
que se mete por mi puerta!
Pues si desde que lo he visto
me viene la ropa estrecha,
y me ha crecido hasta el pelo,
y tengo la boca seca,
y se me quita la vista,
y se me va la cabeza,
y hasta me falta el aliento.
—No toque usted más á *quéa*,

porque si sigue tocando
á eso, cojo una piedra,
y me la ato bien al cuello,
y me voy á la escollera,
y.....

—¡Es natural! y se tira
usté á la mar de cabeza,
y mañana no hay quien coma
boquerones.

—Son de fiera
tus entrañas, y es un yunque
tu corazón, y en las venas
no tienes gota de sangre,
sino vinagre de yema
y aguarrás.

—Y miel de gota
y azúcar cande y canela
tengo yo para quien quiero;
pero no para quien quiera
tener en mi personilla,
como *usté* quiere, una iglesia
sin luz, sin aire y sin flores,
para, cuando *usté* no tenga
dónde rezar una Salve
ni un Padrenuestro, se meta
lleno de flato y de *infundios*
por recurso.

—No estás buena
tú del *palomar*, salero,
cuando eso dices y piensas;
tú eres para mí, gitana,
la misma Virgen, la esencia
de lo bueno y lo bonito
y lo gracioso; la oveja
más rica de los rediles
de este pastor; la más fresca
de las rosas de mi huerto;
y el consuelo de mis penas,
y el espejo en que me miro;
la luz donde se recrean
los ojitos de mi cara;
y desde la noche aquella
en que me heriste de muerte
con tus desprecios, la tierra
es para mí un mal camino
donde siempre llevo á cuesta
un sinvivir que me mata
y una argolla que me aprieta,
y para mí las mujeres,
las de más *presopopeya*,
ya son...

—¡Qué han de ser! Panales
como siempre, y tú una abeja
más golosa cada día.

¡Si ya conozco la tela!
¡Si yo tengo un cuentahilos
en los ojos!

—No lo creas;
mira que es que ves visiones,
y por lo que tú más quieras
te lo juro.

—Entonces jura
por el fiscal de la Audiencia
que te acuse y que te mande
al Peñón de la Gomera.

—Pues bueno, por él, te pido
que te quites esa venda
que te han puesto en los luceros
de tu cara, y que yo pueda
verme otra vez en tus ojos,
y que tus ojos se duerman,
y tu boca me sonría,
y que tu aliento me encienda
la sangre como otras veces,
y que besando me muera
la gloria que Dios ha puesto
en tu carita morena;
dame un beso, uno solito.

—¿Yo?... Cien puñalás traperas
por necesidad mortales
te daría.

—Pues empieza,
porque si tú con tu mano
me las das, en donde quiera
que me las des, cien rosales
nacerán...

.....
... .. Y diz que aquella
noche de amor, resonaron
aun más besos en la reja
que luces tienen los cielos
y que las playas arenas.

LA BUENAVENTURA

—Oye tú, mozo moreno,
por los ojos de tu cara,
déjame que yo te diga
toíto lo que te pasa.
Tú estás ético de pena
por un clavel de bengala
con los *clisos* como soles,
como agujas las pestañas,
con el pelito anillao,
los *piños* como la nácar,
los labios como corales,
el talle como la palma,
como dijés los *pinreles*,
más bonita que la plata,
más salá que las pesetas,
y al mismo tiempo más mala
que un tiro; y tú estás por ella



siempre pasa que te pasa
por calle de la Amargura,
luciendo la americana
y el perfil, y el calabrote,
y el *pavero* y la tumbaga,
sin conseguir que se asome
ni una vez á la ventana
por tí, esa jembra que sólo
se asoma cuando le canta
otro pájaro en la reja,
otro *gachó*, que es la estampa
del cólico miserere;
un *gachó*, que cuando habla
parece que le han cambiao
la campanilla en campana;
pero lo que tú no sabes
es que por tí está que salta
y se le entornan los párpados
en cuanto *fila* tu cara,
otra *gachi*, con el pelo
más rubio que el sol, más blanca
que la leche, con los ojos
azules y como tazas
de grandes, con una boca
que está pidiendo la rama
del rosal á voz en grito,
con un pecho que es un arca

de marfil, una cintura
que parece, cuando anda,
que va á tronchársela el pecho
ú el relente, y una estampa,
y un *aquel*, y unos andares
que tó el que la ve, se para
y se quea moribundo
y sin saber qué le pasa;
y esa está por tí, moreno,
que el día que tú la gaita
no asoma por su distrito,
ni sosiega ni descansa,
se le desenriza el pelo,
se le aflojan las enaguas
y si no arde es por *chiripa*.

Y ahora que la gitana
te ha dicho los Evangelios,
mocito, con toa la gracia,
dame dos perritas gordas
pa atirantarle la faja
á mi probe *esgalichao*,
que jace ya una semana
que se alimenta de alpiste
y de tallos de albahaca.

Y á poco, sucia y riente,
haraposa y desgredada,

se aleja la pitonisa,
y al sol, que ardiente la baña,
brillan sus ojos negrísimos,
su curva faz bronceada,
su nítida dentadura,
los girones de su falda
de percal, los pies descalzos,
el pañuelo color grana
mal ceñido al pobre busto,
y de su brazo colgada
la cesta de mimbre, llena
de encajes, telas y randas
que pregona con tan dulce
acento, con voz tan lánguida,
que más que pregón, parece
un canturía africana.

SANGRE ANDALUZA

La clara luna ilumina
el pintoresco escenario,
la verde parra que cubre
de racimos de topacios
y pámpanos de esmeraldas
la muchedumbre que el patio
llena, alegre muchedumbre
en que están representados,
gallardamente, ambos sexos,
lo más florido del barrio,
entre ellas Pepa la *Indina*,
la *Niña de los Canastos*,
el *Lucero Matutino*,
y otras que lucen el garbo
que el cielo le concediera,
y además de sus encantos
físicos, sus pañolones

de Manila, sus peinados
primorosos, sus crugientes
faldas, sus flores y lazos
de los más vivos colores,
sus diminutos zapatos
de charol ó de becerro;
y entre ellos los más altos
próceres de los *del bronce*,
como Juan el *Garabato*,
el *Pollo Duende*, el *Canela*,
el *Pelusa*, el *Manilargo*,
y Pepe el *Dios te perdone*;
todos ellos bien portados
y todos dándose tono
y todos graves y hablando
con acento campanudo,
el *cordobés* inclinado
sobre la sién, y luciendo
brillantes americanos
y oro de velón de ley
en la llena de bordados
pechera de la camisa,
en la cadena y las manos;
ceñidos los pantalones,
y la chaqueta de paño,
bien cortada y bien llevada,
y primoroso el calzado.

Todos allí se congregan
para celebrar, cual fausto
suceso, el feliz enlace
de la *Paloma* y del *Gato*,
por supuesto, ave y felino
tan sólo en los motes ambos.

Y llegan, por fin, los novios,
y se sientan en el patio
entre sus deudos y amigos,
radiantes y derramando
placer por todos sus poros,
y de un mosto, que cristiano
llamarle ninguno puede
si no quiere calumniarlo,
á circular da comienzo
la bota de mano en mano;
y cogiendo la guitarra,
llena de cintas de raso
en el mástil, da comienzo
Antonio á tocar, en tanto
comienza también la *Curra*
á templarse por lo bajo.

Y al ver cómo se prepara
á cantar la *Curra*, el *Chato*,

uno que á la *Curra* quiere,
se incorpora y grita:

—Vamos

á ver si tos sus callais,
y si no queréis sus mato
ó sus como con tomate,
ú sin tomate.

—¡Está claro!—

exclama en tono de zumba
el *Pelusilla*, un muchacho
que por la *Curra* delira.

—¿Se pué sabé quien ha hablao,
porque yo no lo distingo
sin lentes?—pregunta el *Chato*.

—Un servidor, caballero,
de todos los hombres mancos
y sin *lacha*, y sin narices,
y sin pupila, y sin tarto.

—¿Y el biberón, hijo mío,
aonde lo tienes?

—Guardao

donde tú lo que te falta;
pero si quieres buscarlo
yo te daré compañía;
pero si yo te acompaño,
yo, la verdad, no respondo
si al volver te falta algo.

—*Chavó* y qué cosas me dices,
y qué picás y arrebatos
que te dan, querubín mío;
pero dime, por si acaso,
que es lo que puede faltarme.

—Pus, por ejemplo, un emplasto,
ó una quijada de goma,
ó un par de patas de palo,
ó las muelas del juicio.

—Eso es que tú lo has soñado
una noche á dormivela.

—Como que vivo soñando
con quitarte de que sueñes;
como que estoy ya mú harto
de mirarte en mi vereá.

—Aquí no hay que armar escándalo,
pa escándalos *Martiricos*,—
dijo Pedro el *Garabato*,
con voz ronca.

—Razón tienes.

—Tienes razón.

—Pus andando.

—¡Pus más vivo!

—¡Pus más vivo!

Y mientras los adversarios
dirimían su contienda

en la calle, á navajazos,
tras encogerse de hombros,
salió la *Curra* cantando,
fijas las negras pupilas
en el rostró de un gitano
de ojos grandes, barba hirsuta,
tez de bronce, gruesos labios
y encrespada cabellera,
luciendo, apuesto y gallardo,
rico marsellés obscuro,
el ceñidor encarnado,
de pana los pantalones,
de baqueta los zapatos,
gris el cordobés sombrero
ya deforme, y asomando
por encima de la faja
las tijeras, que en sus manos,
según los que lo conocen,
lo mismo si llega el caso
le arregla el pelo á un jamelgo
que se lo arregla al más guapo
de los que de tal la pintan,
y se la dan en el barrio.

Y cantó la cantadora
y fué su canto este canto:

En toíto semos iguales:
¡qué mala sangre tenemos!
tú á quien te quiere no quieres;
yo á quien me quiere no quiero.

¡DESDE LA BORDA!

El mar de zafir parece,
de zafir parece el cielo,
parece la mar dormida,
y dormir parece el viento,
cuando, dócil al mandato
del hombre, gira batiendo
con la hélice las ondas
el vapor; los marineros,
cual renegridos atletas,
tan activos como diestros,
acá y acullá se agitan;
resuena como un lamento
el silbar de la sirena;
el timonel en su puesto
rige el buque cual ginete
rige su corcel; de negro
humo la alta chimenea

se empenacha, y los viajeros,
sobre la borda inclinados,
posan tristes en el puerto
que abandonan, la mirada;
y *Curro*, distante de ellos,
apoyándose en la borda,
mirando cómo á lo lejos
el sol estival enciende
con sus brillantes destellos
las cúspides de los montes,
murmura con ronco acento:
—Adiós partío de *Humáina*,
adiós, barranco de *Nebro*,
adiós, virgen de la *Ermita*,
adiós rincón aonde dejo
entre tus verdes jarales
mi alma y mi pensamiento;
adiós, mi *cubril* florío,
adiós, mi hogar y mi huerto,
ya no veré tus parrales,
ni la flor de tus almendros,
ni el racimal de tus viñas,
ni el fruto de tus cerezos;
adiós, mis cuatro paeres,
y adiós, mujer, la que un tiempo
de las niñas de los ojos
de mi cara fué el espejo

aonde verse era su gusto
y era verse su recreo;
adiós, mi choza del monte
y adiós, probe cimiterio
aonde Dios cuiera que un día
venga á descansar mi cuerpo;
aonde ya jechitos polvo
descansan toitos aquellos
á los que yo tanto quise
y que tanto me quisieron!
Adiós, que mi mala suerte
me rempuja mar aentro,
adiós, partío de *Humáina!*
Adiós, barranco de *Nebro.*

Y por ocultar sus lágrimas,
Curro el ala del sombrero
se inclina sobre los ojos,
y desesperado y trémulo,
sobre la borda inclinado,
sigue llorando en silencio.

DULCE REPOSO

A Manuel Ruiz Guerrero

Ya los vendimiadores bajan del monte,
ya del sol, á los rayos, el horizonte
como un divino incendio fulgura y arde,
y del astro que muere la última lumbré
aun el día retiene sobre la cumbre,
cuando ya á la hondonada llegó la tarde.

En el valle el crepúsculo tiende sus velos,
y tímida y serena surge en los cielos
como nítida sombra la blanca luna,
y á su dulce conjuro todo parece
invitar al reposo con que adormece
Dios todos los rigores de la fortuna.

El pájaro en el árbol sus alas pliega,
y al par que ante la sombra la luz se entrega,

lentamente el crepúsculo todo lo baña,
y los vendimiadores bajan ligeros
cargados con sus cuévanos por los senderos
más floridos y agrestes de la montaña.

Ya rápidos regresan á sus hogares
alegando el camino con sus cantares
de oriental abolengo, rítmica nota,
que nos habla elocuente con sus cadencias
de arábigas canturias — reminiscencias
de una edad tan brillante como remota.

Y al descender cantando por las vertientes,
destacarse á lo lejos ven, impacientes
de gozar á su abrigo dulce sosiego,
sus hogares en donde de lo que tardan,
sus hembras, lamentándose, ya los aguardan
vigilando las ollas puestas al fuego.

Y en tanto ellas vigilan la olla que humea,
la prole alborotada brinca y jadea
sin cesar en sus juegos y griterías,
y es de sus travesuras, mudo testigo,
el mastín—cariñoso y único amigo
que no entiende de rangos ni jerarquías.

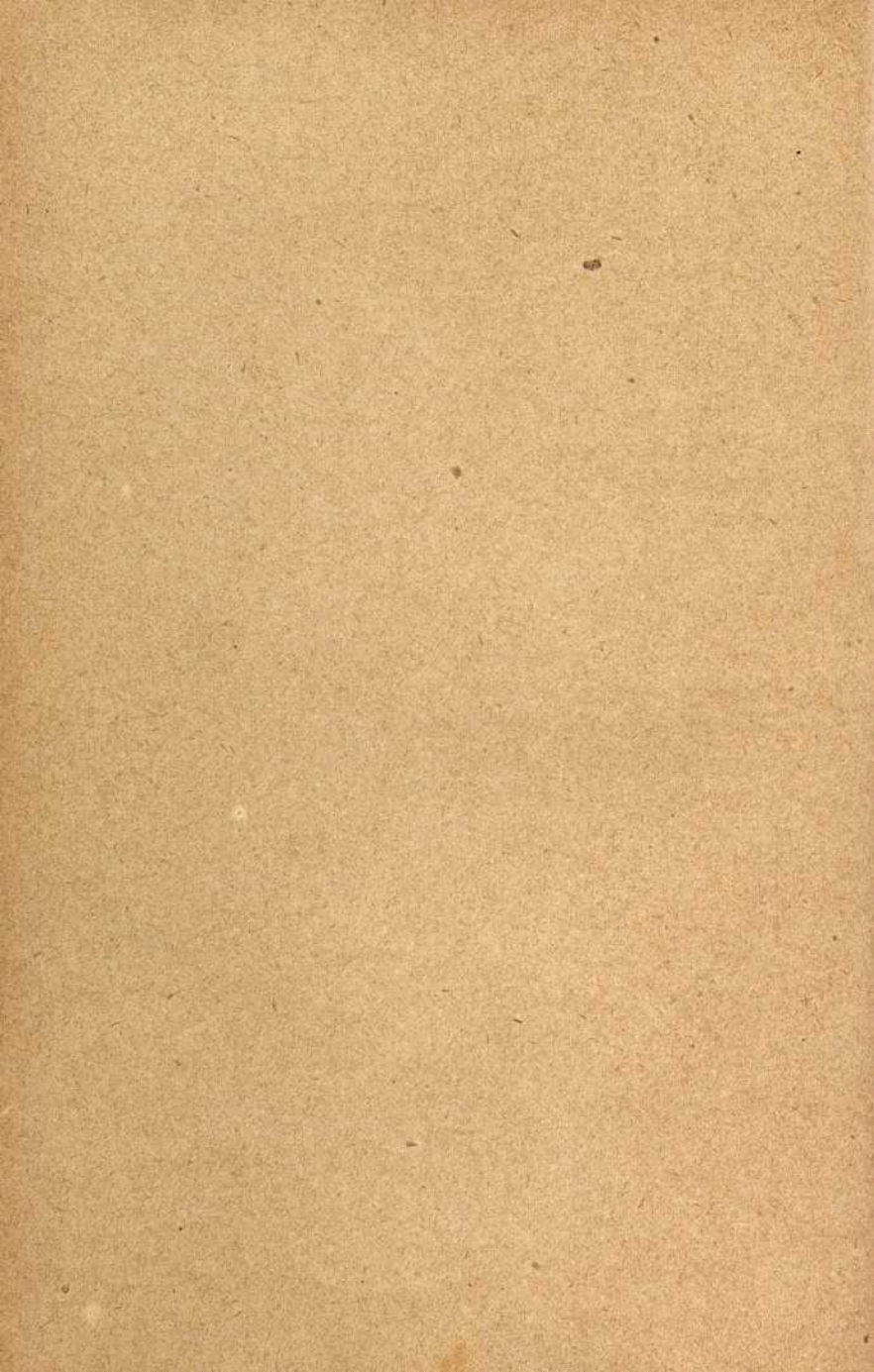
Ya los vendimiadores del monte llegan;
ya el mastín los anuncia; ya los que juegan

enmudecen, y al punto la campesina
á la puerta se lanza, y al ver cercano
al pobre compañero, va, con su mano,
á aliviarlo del peso con que camina.

.....

Ya el hogar entornado semeja un horno...
ya de la tosca mesa todos en torno
ríentes y tranquilos toman asiento,
no sin que antes bendiga, con voz serena,
descubriéndose grave, la parca cena,
el que de todos ellos gana el sustento.

Y en tanto allí la dicha su onda desata,
góndolas cristalinas de nieve y plata,
al fulgor de la luna finge el celaje,
y á su blanda caricia que lo embellece,
y le ciñe sus túnicas de luz, parece
de cristal y de nácar todo el paisaje.



LA GUITARRA

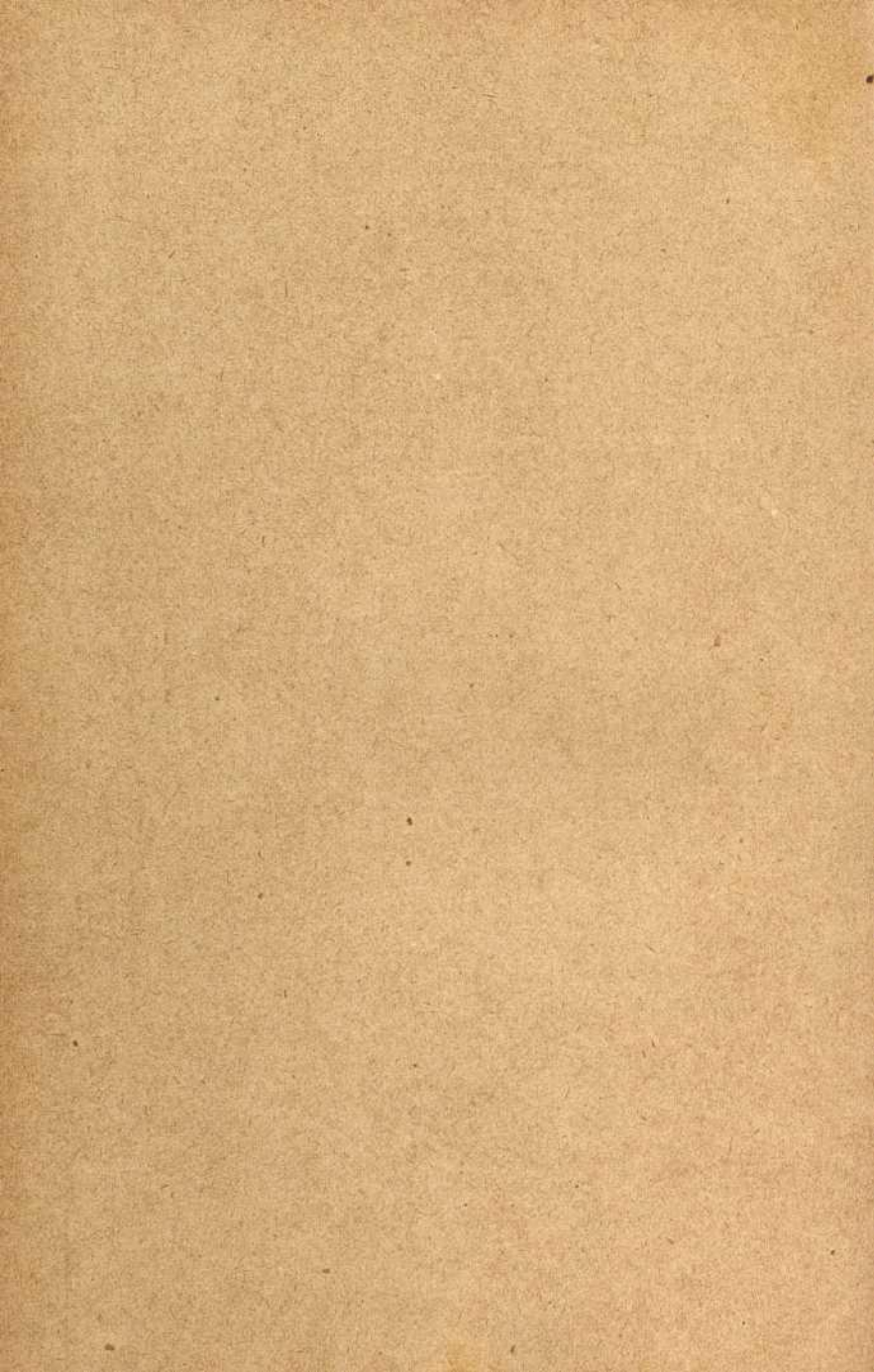
A la Srta. María A. Rubio Gabrieli.

—Yo soy mitad andaluza,
yo soy mitad agarena,
yo soy el alma del pueblo,
toda el alma, ritmos hecha;
yo dormito en los alcázares,
en donde mi voz apenas
vibra nunca, donde nunca
casi vierte sus cadencias;
pero en cambio mi armonía
eternamente resuena
en las agrestes cabañas;
en las humildes aldeas;
al pie de los viejos muros
cubiertos de enredaderas;
en los patios andaluces
entre pintadas macetas

y bajo verdes parrales;
sobre las muelles arenas
que un mar siempre adormecido
y siempre azul, siempre besa
con sus espumas más blancas
que la nieve; y en las rejas
donde amor su vuelo abate,
dulce y febril; y mis cuerdas
son, diestramente tañidas,
intérpretes que interpretan
el vértigo que enloquece,
el cariño que embelesa,
y la pasión que embriaga,
y los celos que envenenan.

Así la guitarra dijo;
con voz dulcísima y trémula,
y juzgué que era arrogancia
lo que arrogancia no era;
pues al oirla, Adolfiná,
en tus manos, que semejan
sobre el tensado cordaje
mariposas que aletean;
al oír cómo en tus manos
la guitarra ya se queja,
como un ser grave y doliente;
ya cual alondra gorgoea

tiernos y amorosos cánticos;
ya celosa y de ira llena,
toda la gama recorre
del rencor; ya débil ruega,
ya apostrofa, ya amenaza,
ya acaricia, ya requiebra;
al oír cómo al conjuro
de tu inspiración, en ella
vibra el alma, toda el alma
del pueblo, que tú encadenas
y haces ritmos; yo, Adolfiná,
ante tan clara evidencia
mi error confieso, y confieso
que una arrogancia no era
lo que yo juzgué arrogancia,
cuanto con voz dulce y trémula
la guitarra dijo un día,
y hoy yo afirmo como ella
que es un ser dulce y doliente,
todo ritmos y cadencias;
pero lo es en tus manos,
en tus manos que semejan
sobre el tensado cordaje,
mariposas que aletean.



A GRANADA

Vengo de recorrer tus seculares
bosques, de aromas y de trinos llenos;
de ver tu regio alcázar—esplendente,
ara en ruinas de tu ayer—y vengo
de evocar tu pasado,
de inquirir sus secretos,
de leer en las grietas de sus muros,
en sus ya silenciosos aposentos,
de encajes de colores fabricados;
en sus cóncavos techos
donde el arte oriental trocara un día
en maravillas el marfil y el cedro;
en sus lagos de ondas de esmeralda
dormidas sobre lechos
de jaspe y de alabastro: en sus ocultos
camarines—secretos,
profanados de eróticas molicias

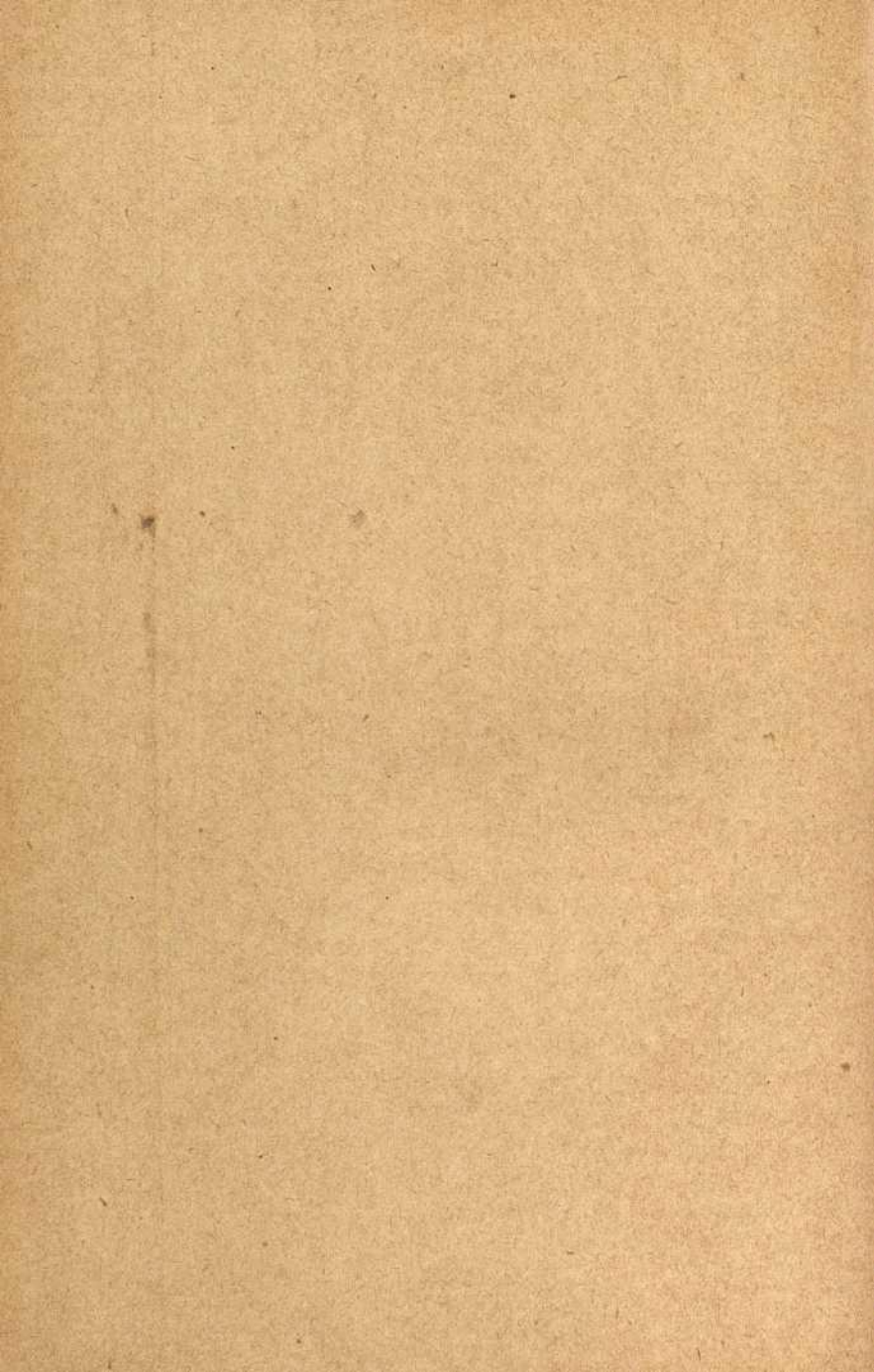
y ardientes devaneos; —
en sus patios ornados de arrayanes
y en sus torres que aun hunden en los cielos
las altísimas frentes que, impasible,
carcome y rinde y desmorona el tiempo.

—

Y al ardiente conjuro
de la maga que en mí posa sus besos
cuando el alma nostálgica parece
abrir sus alas y escalar el cielo,
vi tu mágico Alcázar
cual fuera cuando aún firme en su asiento
alzábase, y tus reyes Nazaritas
velaban tu decoro, y sus guerreros
vagaban por tus bosques perfumados,
animaban tus zambros y torneos
y al raudo galopar de sus corceles
el nítido alquicel daban al viento;
cuando aun resonaba en tus mezquitas
su ferviente oración y en el silencio
de tus noches, azules y estrelladas,
al pie del torreón, el agareno
enamorado, su canción de amores
daba á la brisa y aun el grave acento
del muezín resonaba por doquiera

cual cántico doliente, y sobre pérsicos
cogines dormitaban tus señores,
anegando en el seno
del amor, como en férvidos raudales
de cien delicias, el pesar y el tedio.

Y al comparar su ayer con su presente,
al ver trocada su mezquita en templo
cristiano, al no encontrar en sus umbrales
el atezado centinela, fiero,
rudo y gallardo, de mirar altivo,
de negra barba y de fruncido ceño;
al ver las huellas de tu ayer glorioso;
al tener que evocarlos para verlos
tus califas, y emires y profetas,
tus caudillos valientes y altaneros,
tus beldades — prodigios de ojos lánguidos —
— fuentes fecundas del placer sin freno, —
tus poetas, de sien por Dios ungida,
que en cuficos letreros
nos legaran en mármoles sus kásidas;
al tener que evocar de los que fueron
las sombras errabundas, ... melancólico
incliné la cabeza sobre el pecho
y «¡Adiós, oh Alcázar!» exclamé con pena
y «¡Adiós, oh Alcázar!» me repuso el eco.



NOCHE DE LUNA

Ya asoma la blanca luna
tras el empinado cerro
que resguarda el caserío
del temporal, en invierno,
y le presta sombra grata
en verano; ya de argéteo
resplandor el campo inunda;
ya á sus ósculos el cielo
se viste de azul y plata;
entre sus tules el viento
conduce en plácidos giros,
de monte en monte, los ecos
del cantar del caminante,
que acansinado y envuelto
en densa nube de polvo,
tras la recua, soñoliento,

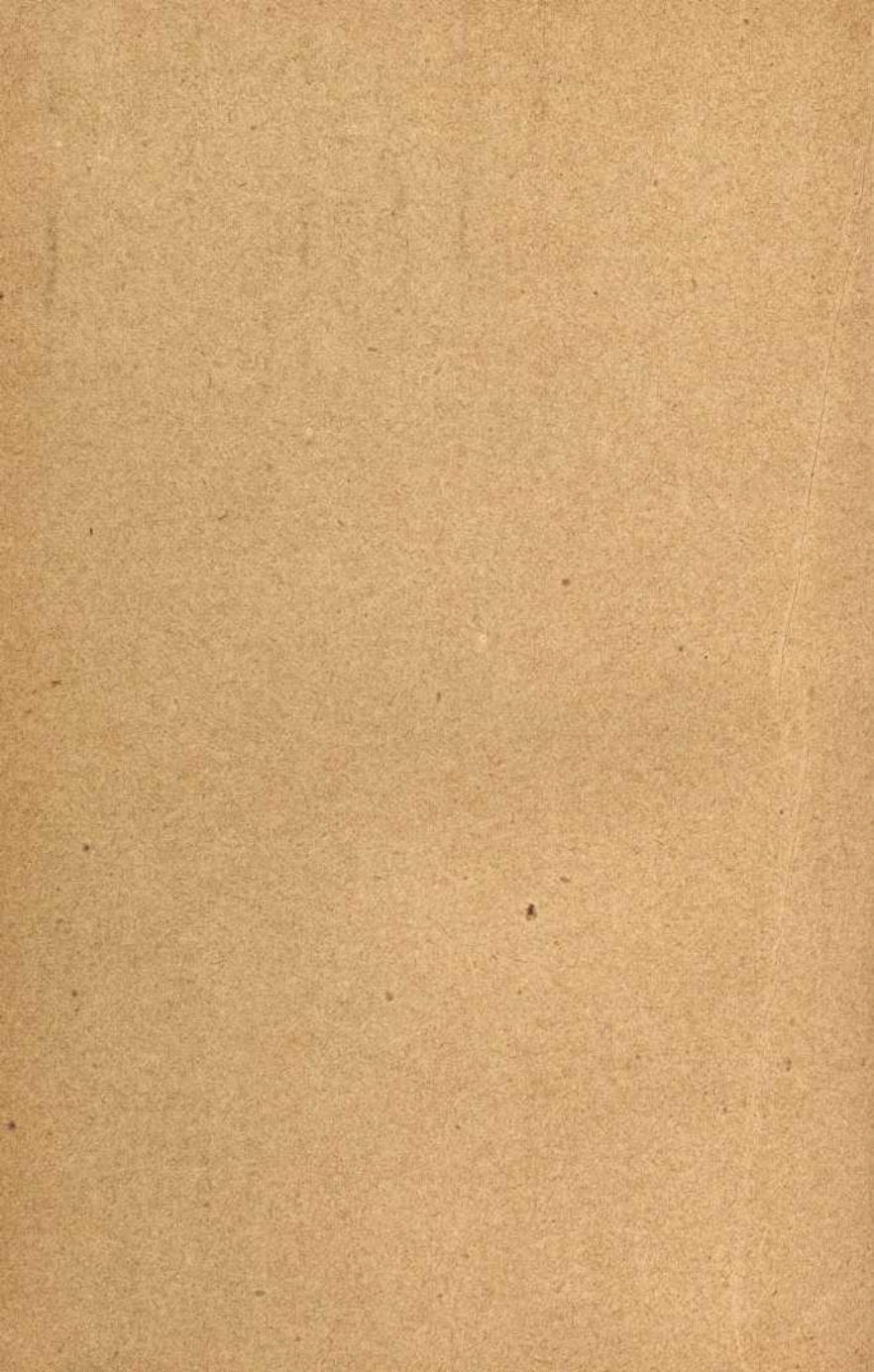
camina hacia el ya cercano
hogar, en donde por término
ha de hallar á su fatiga,
parca cena y pobre lecho.

Ya va imperando en los campos
de las noches el sosiego;
ya del cortijo á la puerta
departen los cortijeros,
ó enmudecen defendiéndose
á cabezadas del sueño;
y entretanto los zagales
en la parva, más exentos
de penas aún que de ropas,
y de ropas casi en cueros,
se adormecen; vigilante,
y al menor rumor atento,
hace el lebrel centinela;
entre las vigas del techo
del hogar, donde su nido
labró, su blando aleteo
deja oír la golondrina;
sobre los haces ya secos
de bien oliente retama,
yace como en rico lecho
el pastor; todo enmudece
y todo dormita envuelto

en luz de luna; ya todo
brilla solemne y sereno.

.....

ya todo, todo es reposo,
ya todo, todo es silencio.



ORIENTAL

—¿Por qué me abandona mi dueño querido?
mi dueño querido, ¿por qué me abandona?
¿por qué está su rostro de penas vestido?
su lengua, que es arpa de blando sonido,
¿por qué ya cual antes su canto no entona?
 su canto que es gama
 que al pecho adormece:
¿qué dardo certero mató su alegría?
 ¿quién sombras derrama
sobre él que hoy de sombras parece formado?
¿por qué ya su boca no busca mi boca?
¿por qué ya sus brazos no ciñen mi cuello?
 ¿por qué ya no invoca
 mi amor y cual sello
de luz en mis ojos sus ojos no clava?
¿qué bruma le abruma? ¿qué pena le apena?
 ¿por qué su cadena,
su dulce cadena le quita á su esclava?

—Perdona, bien mío; mas arde en mi frente
el rayo y mi alma se yergue iracunda;
que ya el enemigo de nuevo imprudente
me reta—torrente que reta á un torrente
que todo lo arrasa, que todo lo inunda:—
por eso hoy refreno mi amor y no tomo
la copa de goces

ardiente venero;

y en breve teñido con sangre hasta el pomo,
cual mieses las hoces,

verás cómo abate cabezas mi acero;
verás cómo arrollo las hordas infieles,
verás cómo rindo su vana arrogancia;

verás sus broqueles

brillar en tu estancia

manchados y rotos; verás la victoria
ceñirme sus lauros si el cielo me ayuda,
verás cual me escuda

tu amor y á tí torno cubierto de gloria.

De gloria cubierto verásme á tu planta;
verás cual depongo mi acero triunfante,
y oirás cuán dichoso de nuevo levanta
su voz y de nuevo sus trovas te canta
ceñiendo á tu cuello sus brazos tu amante:
y no las banderas y no los despojos
que logre tu amado,

sino tus hechizos,
tu pálida frente, tus lánguidos ojos,
tu seno aromado
cual flor en capullo; tus fúlgidos rizos;
tu boca que es fuente de intensas caricias
perfumes y notas; tus formas suaves
que son mis delicias;
tu voz que á las aves
robó sus arrullos, robó sus gorjeos;
tu talle que envidia le da á las palmeras
y no sus banderas
y no sus despojos serán mis trofeos.

—Si ya el nazareno de aquí está cercano,
si holló tus fronteras, no tardes, bien mío,
y sea cual azote de Dios en tu mano
tu lanza, y con sangre del vil castellano
se tornen de grana las ondas del río,
se tornen de grana tu vega florida
tus ricos vergeles,
tus huertos en fruto;
fecunde tus campos la sangre vertida,
vistan los infieles
sus bellas y hogares y templos, de luto.
No tardes, bien mío; lo exige tu fama
tu honor te lo exige, tu pueblo te invoca,
tu pueblo te llama

A MISA

Ilumina el sol que nace
la ermita que se levanta
y blanquea entre los verdes,
 pinares de la montaña.

Y al beso del sol que nace
brillan como de esmeralda
la arboleda, y los arroyos
como raudales de plata.

Orla el granado silvestre
los ribazos, y en las faldas
del monte, extienden las vides
y las higueras sus pámpanas.

Brillan las rojas adelfas
en las abruptas cañadas,

y en los almendros aun brillan
flores cual broches de nácar.

En los pobres caseríos
y en las más pobres cabañas,
el gallo turba el silencio,
saludando la mañana.

Y—toca ya que ya es hora
dícele con voz cascada
el cura al pastor—un cura
lleno de arrugas y canas.

Y el pastor, á su mandato,
de cumbre en cumbre se lanza,
tocando la caracola
que le sirve de campana.

Y á sus roncás vibraciones,
hacia el templo, que los llama,
acuden los campesinos
en risueñas caravanas.

Y allá van de gozo llenos
á prosternarse á las plantas
de la Virgen, bien querida
de todos en la montaña.

De la Virgen, su patrona;
de la Virgen, que los ama;
entre todas la más bella
y entre todas la más santa.

Y allá van alegremente
en risueñas caravanas,
por los floridos senderos
de la florida montaña.

INDICE

OTOÑALES

	<u>Páginas</u>
Otoñal.....	7
¡Sed tengo!.....	11
¡Ave, César!.....	15
Intima.....	19
Evocación.....	21
En el Borodino.....	25
La Envidia.....	29
Entre cadenas.....	33
Noche imborrable.....	37
La trilla.....	43
El simoun y el caravanero.....	47
La eterna vencedora.....	51
Siempre igual.....	53
Oyeme.....	55
Hetaira.....	59
Venus Eucárites.....	63
El corazón y la cabeza.....	71
Un cuento.....	75

Mírala	79
Realidades	83
La vuelta del berebere	87
A mi alma	91
Mal de amores	95
La fuente y el caminante	99
¡En guardia!	101
El telescopio	103
¿Por qué llora?	105
¡Vencido!	109
Alborada	113
El dolor	117
La bailadora	119
Entre gitanos	123
En el Perchel	129
La castañera	133
¡Hijo mío!	137
Te vi	139
Ven	143
Soneto	147
En mi barrio	149
En la sierra	155
***	163
Penas hondas	169
En la taberna	173
Lo de siempre	181
La vendimia	187
En la reja	193
La buenaventura	201
Sangre andaluza	205
¡Desde la borda!	213
Dulce reposo	217

	<u>Páginas</u>
La guitarra.....	221
A Granada.....	225
Noche de luna .. .	229
Oriental .. .	233
A misa.....	237



FAN
XX
1990

OTTOINVALES